



Poesías

Por el R. P. Fr.

Andrés de Mendigorria

Capuchino



Florecillas ::  
:: de un día

---

Poesias

Por el R. P. Fr.

ANDRES DE MENDIGORRIA  
Capuchino

(Con las debidas licencias)



SANTIAGO DE CHILE  
Imp. y Encuadernación "CLARET"

Diez de Julio 1140

—  
1922



---

---

*A mi distinguido amigo y hermano en  
San Francisco, señor J. Emilio Madrid O.*

*Acoge, amigo mío,  
estos versos, que ocultos tiempo había,  
venciendo mis temores,  
quieres que salgan a la luz del día.*

*Si no son asaz bellos,  
el santo fin que al publicarlos tienes  
darales luz y ornato,  
y hasta origen serán de algunos bienes.*

*De algunos bienes digo,  
porque tu noble corazón desea  
que el interés que rindan  
para los niños indigentes sea.*

*Para los niños pobres,  
que hambre sienten de pan y catecismo,  
y piden los arranquen  
del vicio y del error al negro abismo.*

*Mas este libro acaso  
pasará siempre al mundo inadvertido,  
y dormirá empolvado  
en un rincón el sueño del olvido.*

*Mi ilusión de poeta  
fué grande, caro amigo, no lo niego,  
y enorme mi osadía  
al acceder a tu insistente ruego.*

*Mas disculpable fuera,  
sí, obedeciendo a tu ideal divino,  
pusiera hoy en tus manos  
un libro hermoso, excelso, peregrino.*

*Pero mi pobre ingenio  
no pudo de sus duros pedernales  
hacer romper la vena  
en dulces y sonoros manantiales.*

*Lo siento por los niños;  
que si apagar su sed soñado habías  
con estos mis raquíticos raudales,  
ellos quedan con sed, tú sin poesías.*

FR. ANDRÉS DE MENDIGORRIA.



## DEDICATORIA

### A la Sma. Virg n María

A ti, Madre mía,  
Dedico estos versos  
De pobres ideas,  
Si ricos de afectos:  
Que el cielo piadoso,  
Sin yo merecerlo,  
En dulces deliquios  
Arranca a mi pecho.  
No tienen primores,

Ni raros conceptos,  
Que al mundo los hagan  
Armónicos, bellos.  
Por eso a tus brazos  
Se acogen modestos;  
Do amante y dichoso  
Yo, Madre, yo intento  
Poner mis trabajos,  
Mis letras, mis versos.  
Que al verse abrigados  
Por ti con materno  
Cariño, encendidos  
Al toque secreto,  
Que imprimen al arte  
Tus manos de cielo,  
Saldrán de seguro  
Más dulces, más tiernos.  
Que sean, o Madre,  
Que sean te ruego  
Fecunda semilla  
De santos deseos.

---

---

## SONETO

Cuanto inspira del mundo la belleza  
y del saber conduce a la alta cumbre,  
cuanto el poeta en pálido vislumbre,  
copia en sus versos, de inmortal grandeza;

Cuanto el mortal en torno a su estrechez  
admira de la inmensa muchedumbre  
de seres y astros de perenne lumbre.  
fieles pregones de eternal proeza;

Cuanto mi pobre ingenio ha recogido  
sobre el Parnaso de celestes flores,  
que hanme la mente y pecho suspendido....

Cuanto existe en tí misma, a tus loores  
consagro ¡oh Virgen Madre! agradecido...  
dones y gracias y virtud y amores.

---

---

---

## A BUEN MÚSICO MEJOR POETA

(Episodio de la vida de San Francisco)

Caminaban despacio  
con las capuchas puestas  
dos penitentes frailes  
por la empinada cuesta,  
que del Alvernia sube  
a la áspera meseta.

La luz del sol besando refulgente  
con sus postreros rayos la alta sierra,  
va dibujando en el sereno ambiente  
sombras abajo y brillos en las crestas.

En los risueños valles  
el toque de oración las torres suenan,  
cuyos ecos en alas de los céfiros  
a las almas despiertan  
del olvido funesto en que sumidas  
por el mundo vegetan.

—¿Escuehas, Padre mío,  
esos sonidos que del hondo llegan?—  
—¡Qué bellas armonías, cuán sabrosos  
misterios en sí encierran!

Todo nos dice del amor del cielo,  
todo, Hermano León, todo en la tierra.  
La luz del sol que huye

y las vagas tinieblas,  
que flotando del valle hasta las cumbres  
del monte se apoderan...—

La escuálida figura de Francisco  
subiendo por la cuesta,  
y en la indecisa lumbre del crepúsculo  
delineándose, ostenta,  
derribada la mísera capucha  
de la austera cabeza,  
los ojos enclavados en la altura,  
extasiado de amor ante la bella  
armonía viviente  
del místico sonar del alma tierra.

—¿No miras, Fray León, hermano mío,  
de Dios mansa ovejuela,  
cómo la luz del sol al despedirse  
besa a la hermana tierra,  
y tierno suavizando sus fulgores  
muchas cosas le cuenta,  
y le dice de Dios hondos arcanos  
de divina grandeza:  
que entre todos los mundos siderales  
ella es la predilecta;  
que es la nota más dulce en el concierto  
de las altas esferas,  
y por esto de envidia recatándose  
tililan las estrellas?  
—A tu voz, Padre mío, allá en la cumbre  
de la montaña aquella  
apareciendo viene

como a escondidas por airosa cresta  
el astro vespertino, que al mostrarse  
como que humilde tiembla.

—¡Bienvenido el lucero de la tarde,  
que al imponer silencio en llano y sierra,  
nos habla de oración y una plegaria  
al Creador eleva!

¡Oh dulce soledad! ¡cómo nos cantas  
y elocuente celebras,  
al mudo rutilar del firmamento,  
los amores del cielo y de la tierra!

—¡Y aquella estrella, Padre, que brillante  
y de lumbre más quieta,  
asentada parece alla en la cima  
de la escarpada sierra  
cual para oír tu acento  
y dar a tus deseos la respuesta?

—Mis deseos, hermano, son de unirme  
a nuestra hermana estrella,  
para formar con ella y sus hermanas  
de la celeste esfera  
las estrofas del himno sempiterno,  
que a Dios todas elevan.

Y al resonar del mundo en los confines,  
quisiera, sí, quisiera  
que la tierra, los cielos y el abismo  
en santo amor ardieran,  
y el nombre de Jesús en todo el orbe  
la última nota fuera,  
que rematara en expresión sublime  
**la universal cadencia.**

Subían los dos frailes

por la quebrada sierra,  
y la celeste bóveda  
más lejana se veía y más abierta;  
y cuanto más oscuros los contornos  
más suntuosa mostrábase y más bella.  
Recamada de puntos luminosos,  
cual manto de princesa,  
parecía cubriendo entre sus pliegues  
**misteriosas grandezas.**

A medida que avanzan  
por ganar la meseta,  
más brilla el firmamento,  
más crecen las estrellas.  
¡Todo es silencio, todo  
misterio es en la sierra!  
Cuando de pronto surge  
de en medio la arboleda  
trino sonoro, dulce  
de oculta filomena.

—Mira, hermano León: la tierra envía  
al cielo su cadencia

en el canto inefable de ese pájaro  
hermosamente envuelta.

¿Y en tí no late un corazón, Hermano,  
no vibra en tí una lengua,  
que al rui señor parlero no dé al punto  
la cumplida respuesta?

Canta, Hermano León, al par del ave,  
canta tu cantilena.

—Mi voz es destemplada:

Mas bien canta tú, Padre, que las cuerdas  
del alma tuya, dóciles al plectro

que diestro las maneja,  
con dulce sonos vibrarán timbradas  
en el aura serena.

Y el santo Pobrecillo, siempre humilde,  
y siempre gran poeta,  
encendido de amor y en Dios absorto,  
perfumado de altísimas esencias,  
dulce y gallardo canta  
y al ruiñeñor con santo recelo reta.  
—Altísimo Señor, yo te bendigo  
por la armonía leda  
de mi hermanito ruiñeñor que vierte  
amor y paz por la fragosa sierra.  
Y tú, tierna avecilla, ne los bosques  
música parleruela,  
gala y prodigio del que inunda al cielo  
de armonías supremas,  
y hace rodar en compasados giros  
las celestes esferas:  
yo te saludo, melodiosa flauta  
hermano ruiñeñor, bendito seas!

A la voz de Francisco fascinado  
melífluo contesta  
vibrando en su piquillo muchedumbre  
de notas de cristal, que en dulce trémolo  
reteniéndolas quiebra;  
prodigio de sonidos, que de un angel  
la suavidad remeda,  
lluvia de oro de arpegios celestiales,  
sublime cantilena.

El Santo Pobrecillo enajenado  
oye al ave, y contempla  
formarse en la montaña como un órgano  
que en árboles y rocas y cavernas  
resuena con sabrosa melodía

y honda magnificencia.

—Musiquito del bosque, hermano mío,  
tu alabas al Señor, y al monte prestas  
tu garganta sonora, le das vida

y ufano gallardeas

cantándole tus nidos, tus amores,  
de tu canción las raras excelencias.

Bien haces, ruiseñor; el alto cielo,  
que sembró de colores mil la tierra,  
puso en tí del sonido los matices,

con que el artista sueña.

Vierte, pues, generoso de tu seno  
en mágica paleta

los múltiples colores de la gama,  
que llenen de rumor la muda selva,  
prorrumpiendo en sonoras armonías  
del hondo valle a la encumbrada sierra.

Y todo sea un himno cadencioso  
del supremo Hacedor a la belleza  
en consorcio triunfal rimando juntos  
del sonido y la luz la estrofa eterna.

¡Alabad al Señor en la enramada,  
avecillas parleras;

efundid vuestra luz, astros del cielo,  
en la noche serena!

El Hermano León al dulce acento  
doblando la cabeza

queda prendido en arrobado ensueño  
de armonías excelsas,  
saboreando regaladas mieles  
de lejanas cadencias.....

Desafiando el pajarillo al santo  
preludia amante la canción secreta,  
que en la floresta al rayo de la luna,  
dijo a su compañera,  
flor de gorgeos, oro de trinadas,  
manejo de suspiros, quinta esencia  
de no aprendida música,  
consonante respuesta  
de aquella melodía  
sublime, que es de todas la primera.  
¡Oh dulces sonos, que el amor inspira!  
¡Divina melopeya!

Arrobado Francisco  
con la dulce cadencia  
busca en su corazón el estribillo  
de la rima perfecta,  
que a los trinos conteste  
del ave parleruela.....  
Y entáblase en torneo porfiado  
la más viva contienda  
entre el santo juglar a lo divino  
y el feliz trovador de la arboleda.  
Ambos ponen empeños amorosos  
en triunfantes salir de la pelea,  
el poeta de Asís cantando laudes  
de inspiración excelsa  
a la suma belleza del Amado;

y la avecilla ingenua  
extremando sus lindos gorgoritos  
hasta agotar el tema  
de la canción que tejen los sonidos  
a la gloria de Dios en cielo y tierra.  
¡Cuánto más puja el cantorcillo agreste,  
más y más puja el Serafín poeta!  
hasta que al fin, de exaltación sublime  
el alma ardiente de Francisco presa,  
siente que poco a poco  
le van faltando fuerzas,  
que la emoción sagrada de lo bello  
del todo le enajena.....  
No puede más: y en generoso arranque  
de alta humildad, que al Santo enseñoorea  
va alegre y amoroso  
al ave parleruela,  
y entre dulces aplausos y caricias  
dícele así y el triunfo le celebra:  
—¡Venciste, hermano ruiseñor, venciste!  
Tuya es la palma, tuya, y tan completa,  
que en tu leve y sonoro pechecito  
un manantial de notas aún te quedan  
para seguir llenando de dulzuras  
la soledad serena.  
Más bien que pájaro eres poesía  
y música sincera,  
que vas diciendo al nemoroso monte  
de armonías ignotas el poema.  
Ven a mis manos, ven: pobres relieves  
toma, hermanito, de mi escasa mesa,  
de tu victoria espléndida

en grata recompensa ;  
hasta que luego en remontado vuelo  
cruces el alta sierra,  
y vuelvas a cantar las maravillas  
de Dios por esta selva.  
Y yo entre tanto, peregrino errante,  
sumido en mi pobreza,  
recordando tus cantos melodiosos  
aliviaré mis penas,  
y añoraré en sus ecos de mi Amado  
la melodía eterna.

De ternuras y amores saturado  
el Pobrecillo en lágrimas se anega,  
y el victorioso ruiseñor ya solo  
sin competencia llena  
las auras silenciosas de la noche  
con el triunfo de dulce melopeya.  
Sigue cantando, y luego  
asoman por las crestas  
los primeros albores de la Aurora  
rozagante y risueña,  
que del hermano sol anuncia al hombre  
la anhelada presencia.  
El muy ufano vencedor se oculta  
por la umbrosa arboleda,  
y enmudeciendo ante el rumor del día,  
en sus trinadas cesa.  
Francisco de rodillas  
con los brazos en cruz llorando reza.....  
y en su humildad sublime  
jubiloso comenta

con su dulce Jesús, fuente de amores,  
del ave el triunfo en la gentil contienda.

El Hermano León, que arrebatado  
rumiaba todavía en su alma ingenua  
las altas armonías saboreadas,  
de su excursión volviendo hacia la tierra:  
¡Oh, Padre mío!—exclama enternecido—  
cuando acabó tu canto con tus fuerzas,  
la música vibrante e inspirada  
de tu ferviente amor, deshecha en perlas  
y en llanto convertida,  
lágrimas se hizo... El ave parleruela  
fuese volando al despuntar el día...  
y tú lloras aún... En la contienda  
del ruiseñor agreste  
y del santo poeta  
la palma es tuya ¡oh Padre!.....  
y élla inmortal corone tu cabeza.

¡Feliz el llanto humilde,  
de amor divino melodía eterna!  
¡Oh soledad sonora!  
¡Oh sagrada montaña del Alvernia!  
sublime Olimpo de cristianas musas,  
en lides del Amor alta palestra.

---

## AMOR EUCARISTICO

### I

Es noche sosegada  
del más templado día de verano;  
la brisa regalada  
su influjo soberano  
va derramando desde el monte al llano.

Ningún profano ruído  
osa turbar quietud tan deliciosa;  
sólo un grácil zumbido  
se oye en la huerta umbrosa  
si el céfiro las ramas blando acosa.

La plateada luna  
vierte su luz de su encumbrado asiento,  
y las estrellas a una  
en suave alumbramiento  
el orbe bañan a su amor atento.

¡Cuán bella te presentas  
en tu silencio, noche bienhadada!  
¡Cuán sublime te ostentas  
de estrellas coronada!...  
¡oh lumbre! ¡oh paz! ¡oh calma suspirada!

En ti el pecho affigido  
halla íntimo placer, dulce reposo,  
el sosiego perdido:  
y el ánimo piadoso  
elévase al Señor, su amado Esposo.

## II

De pronto al aire suena  
el pausado clamor de una campana;  
su voz vibrante suena  
desde torre cercana,  
que al hombre dice ser la vida vana.

Del centro de un Convento  
se escucha doce veces temblorosa:  
su voz el vago viento  
pasea majestuosa  
por los claustros y huerta silenciosa.

No bien en la clausura  
el místico sonar cesado había,  
que se oye en derechura  
del coro la armonía  
de graves voces al Autor del día.

Los maitines cantados,  
vanse todos, cual pájaro a su nido,  
con pasos muy callados  
al lecho endurecido,  
que es al alma más dulce que el mullido.

No todos: que una sombra  
se ve que tiende hacia el altar sagrado;

su continente asombra  
por verse hermoscado  
de misteriosa luz que gira al lado.

Prostérnase, y la frente  
con humilde fervor pega en el suelo;  
suspira dulcemente,  
y en encendido anhelo  
en brazos del amor sube hasta el cielo.

Es el gran franciscano  
Seráfico Doctor, dulce Ventura,  
Que a Cristo soberano  
en mística postura  
ora humillado con filial ternura.

Su vívida mirada  
alzando al fin al Santo Prisionero,  
que yace en la abreviada  
prisión, do placentero,  
oye la voz del ánimo sincero...

Exclama arrebatado,  
y ebrio de amor, los ojos hechos fuente,  
el semblante inflamado,  
que irradia por la frente,  
gimiendo así a Jesús con voz ardiente:

“Jesús, tu amor divino  
no cabe ya en mi pecho,  
que en ímpetu deshecho  
de sí quiere saltar.

A solas, sin testigo,  
a todo humano muerto,  
y sólo a Ti despierto,  
En Ti quiero morar.

Quiero ¡ay! en dulce plática  
ya compartir contigo  
secretos de un amigo  
delirios de un amor.  
Quiero beber a sorbos  
la sangre de tus llagas,  
quiero, Jesús, me hagas  
víctima de tu amor”.

“Sobre olorosos lirios  
quiero en tu mismo pecho  
yo concertar mi lecho  
con ardoroso afán.  
Y tú con blanda mano,  
mi dulce y tierno Dueño,  
me infundas quiero el sueño  
que tus caricias dan”.

“Atado con los lazos  
de amor y ardiente celo,  
eternamente anhelo  
prendido a Ti quedar.  
Y así preso contigo  
en apretado abrazo.  
dormido en tu regazo  
amor quiero soñar”.

“Sé vida de mi vida,  
sé alma de mi alma,  
de todo mi ser palma  
y único triunfador.  
Aura vivificante,  
que ya sólo respire,  
norte do siempre mire,  
señuelo de mi amor”.

“Vela mi sueño, amado,  
en tanto que yo duermo;  
sobre mi pecho enfermo  
vierte tu corazón.  
Y dí a tus santos ángeles  
plieguen sus aleteos,  
suspendan sus gorjeos  
del arpa al dulce son”.

“Y en deleitosa calma,  
cual tórtola en su nido,  
quiero, mi Bien querido,  
soñando así vivir.  
Pero ¡ay! temo anegado  
del sueño en las delicias  
que me hagan tus caricias  
más que soñar, morir.

“Y sólo tu amor santo,  
antes de irnos al cielo  
será ya en este suelo  
mi eterno galardón.  
Y al despertarme un día

mirando a esos tus ojos, <sup>esos</sup>  
diré sin darme enojos,  
con vívida emoción :

“Basta, Jesús amante  
que el alma se estremece,  
y en fuerza desfallece  
de fuego tan voraz.  
No más; tu viva llama  
mi sueño eterno agite  
mi amor sólo palpita  
cabe tu santa faz”.

Calla : y el alto cielo  
ábrese al punto en vivos respladores,  
cediendo al santo anhelo  
y férvidos amores  
del dulce serafín de los Doctores.

En medio luminosas  
de ángeles turbas mil los aires hienden  
músicas armoniosas  
suavísimas se extienden ;  
la Iglesia toda dominar pretenden.

Y aparece brillante  
sobre el altar de Cristo la hermosura  
cuyo dulce semblante  
luz celestial y pura  
derrama en torno y plácido fulgura.

A su vista admirable

queda el santo Doctor arrebatado  
de manera inefable,  
que, el suelo abandonado,  
vese de pronto al aire levantado.

Entonces Cristo hermoso  
lánzase alegre de Ventura al pecho,  
que hace de sí amoroso  
tálamo y blando lecho,  
a las ansias del santo albergue estrecho.

Abrázale en su seno ;  
y de Cristo el dulzor a su alma pasa,  
y queda de amor lleno,  
y ardiendo se traspasa,  
y anégase en Jesús, libre de tasa.

¡Oh dulce amor! siquiera  
de tu llama el ardor siempre encendiese  
mi corazón, y fuera  
de sí el alma pusiese,  
y toda en Ti, ¡oh Dios! la convirtiese.

Entonces, ¡oh Querido!  
gustaría los nítidos raudales  
de tu pecho encendido,  
y libre de los males,  
te diera de mi amor finas señales''.

Dice: y el Infinito  
tras largo espacio arráncase a los brazos  
de su siervo bendito,

que, preso en sus abrazos,  
no sabe de Jesús soltar los lazos.

Y el séquito glorioso  
con Cristo al frente vuela a las alturas:  
y el templo silencioso  
queda de pronto a oscuras  
sobre huesas de antiguas sepulturas.

---



## A LA ASUNCION DE LA VIRGEN

¿Quae est ista?

Vedla acostada; en tálamo de flores  
soñando en los amores  
parece estar del divinal Cordero;  
que es del cielo manjar y lumbre pura,  
es gozo y hermosura,  
Hijo de Dios y suyo verdadero.

---

La muerte, en tanto, amarillosa, hueca,  
haciendo horrible mueca,  
asómase con miedo de vencida...  
bate su negra, indefinible ala,  
hondo quejido exhala...  
y hunde su frente en la infernal guarida.

---

Y la Virgen al par, viendo a su Amado,  
de lirios coronado,  
ceñirla ya como en amante escudo,  
lánguida desfallece... y en sus brazos  
tiéndele dulces lazos,  
como Ella sólo ejecutarlo pudo.

---

Y gira en torno su postrer mirada,  
cual de madre adorada

que se despide de sus caros hijos...  
y al devolverla de la tierra al cielo,  
    ¡en ardoroso anhelo  
sus castos ojos permanecen hijos!

---

Es que a presencia del celeste Dueño  
    la Esposa en alto sueño  
adurmióse de amor desfallecida;  
y sin dolor triunfando del profundo  
    desierto de este mundo...  
burló a la muerte... ¡despertó a la vida!

---

Es que encontró su nido la Paloma,  
    la Abeja el dulce aroma  
en el vergel de su divino Esposo:  
es que el ave, cautiva en este suelo,  
    en suave y raudó vuelo,  
sube ya libre al perenal reposo.

---

Y los Querubes, en tropel sonoro  
    las cítaras de oro  
lanzan en lluvia a sus divinas plantas:  
y al aire dan alegres a porfía  
    en santa gritería  
esta canción las célicas gargantas:

---

“¡Ah! ¿quién es ésta, cual la luna hermosa,  
    que sube majestuosa  
bella aurora, del claro sol vestida?  
¿Quién es ésta, que al son de mil canciones,  
    las célicas mansiones  
hace temblar de gozo y bienvenida?”

Y ¡Ella! la hermosa y cándida Paloma  
de música y aroma  
hiende la nube que a sus pies se riza:  
y el sol parece, si a su lado pasa,  
cual mortecina brasa  
perdida humilde en lecho de ceniza.

---

Abrese el cielo en vivos resplandores  
bañando en sus fulgores  
al triunfante cortejo de la gloria,  
que va rompiendo sobre mil querubes  
las etéreas nubes,  
que acarician, pasando, su victoria.

---

¡Oh, dulce madre! ¿Huyes de este suelo,  
y en hondo, amargo duelo  
nos abandonas a sentidas quejas?  
¿No ves, al irte al celestial asiento,  
en nuestro abatimiento  
¡cuán pobres y cuán ciegos ¡ay! nos dejas

---

¿No ves sumido en angustioso anhelo  
este ¡ay! manojuelo  
de tu cariño, Madre de mi vida?  
¡Quedo en la tierra a mi pobreza unido,  
huérfano desvalido  
triste llorando tu final partida!

---

Si yo pudiera al menos, ¡Oh María!  
lanzar el arpa mía  
sobre el tropel de santos querubines...

si yo alcanzara en desesperado grito  
unirme al infinito  
hosanna de los célicos festines!

---

Goza, pues, Madre, en eternal consuelo  
de ese tu excelso cielo  
coronada de gloria y hermosura:  
más no olvides jamás a tus queridos,  
de Ti desposeídos,  
lejos, muy lejos ¡ay! de tu ternura.

---

Y ora que libre ves más claramente  
en el trono luciente,  
donde de Dios registras los tesoros,  
las desventuras que el suelo moran,  
socorre a los que imploran  
tu valimiento entre fervientes lloros.

---

---

## A DIOS

### EN LA TEMPESTAD

**Ab increpatione tua fugient,  
a voce tonitruī tui formidabunt.**  
Salmos.

Grande ¡oh Dios! eres cuando mil estrellas  
ornan de luz el ancho firmamento,  
grande y hermoso, cuando flores bellas  
cubren del suelo el verde pavimento,  
grande también en majestad descuellas  
por la extensión del líquido elemento:  
más no te ví tan alto y tan pujante,  
cual hoy te miro en tempestad tronante.

---

Sí, Dios tremendo, excelso, omnipotente,  
tú a los rugidos del turbión lejano  
haces del monte en la desnuda frente  
nubes rodar, mugir el viento insano,  
rauda avanzar la tempestad rugiente,  
que va anunciando de tu fuerte mano  
el divino poder e inmensa alteza,  
que humilde adora el mundo en su bajeza.

---

De hermosura y poder estás vestido  
tras esas nubes que el cenit coronan,

sobre ellas vas de gloria precedido  
a visitar los mundos, que aprisionan  
tus sabias leyes: y de amor henchido  
a los campos y seres que pregonan  
tu omnipotencia, cual Señor infundes  
vida y virtud, y tu saber difundes.

---

Y a tu soplo, Señor, las nubes crecen  
reconcentrando en sus plomizos senos  
las lluvias y el granizo, que ennegrecen  
el blanco azul del cielo, los serenos  
mares hinchendo de olas, que obedecen  
a los impulsos de bravura llenos,  
con que tu brazo las impele, y todo  
menéase a tu voz según su modo.

---

Mandas a Bóreas, y en furor murmura  
con Euro al par moviendo cruda guerra;  
y a sus encuentros con veloz bravura  
las crestas ciñe de la enhiesta sierra  
la bóveda preñada de negrura,  
que amenaza tragarse cielo y tierra:  
y ¡ay! del orbe, si el freno detenido  
dejas soltar en llamas encendido!

---

Apareces, Señor, a nuestros ojos  
cual inmensa legión tendiendo el vuelo  
sobre caballos de fulgores rojos,  
que, estremeciendo el encendido cielo,  
siembra espantables a su paso enojos  
contra los hijos del ingrato suelo:  
y todos ante tí los elementos  
rebraman traqueteando en sus cimientos.

---

Sueltas los vientos de su cueva oscura  
con ronco estruendo en rápida carrera,  
lanzándose al combate en la llanura,  
cuyos campos horrible tolvanera  
de hojas y polvo, cual la llama impura  
de ardiente lava en larga cabellera  
sobre el espacio mécese, y en torno  
treme la tierra, enciéndose el bochorno.

---

Y creciendo en tropel los nubarrones,  
que encapotan el ancho firmamento,  
asemejan mil negros escuadrones  
al romper con feroz sacudimiento  
sus entrañas en fúlgidos montones,  
que llegan, chocan y entre el raudo viento  
retumban con furor: y al mismo instante  
cruza veloz relámpago brillante.

---

Rasga en mil partes su antro tenebroso  
los espacios hendiendo embravecido,  
que súbito serpea luminoso,  
y asorda con horrísono estampido  
montes, valles, océano espumoso,  
do en iras gigantescas encendido  
rompe y estalla hirviente entre su seno,  
y rueda y se hunde en el tartáreo cieno.

---

Y a tu mandato ¡oh Dios! vense anegados  
sembrados, bosques, áridos baldíos,  
que los labriegos miran espantados,  
puestos los ojos húmedos y píos  
en Tí, que al punto puedes mil nublados

trocar con raudos aquilones fríos  
en mansa calma, cual al pueblo santo  
secaste el mar con prodigioso espanto.

---

¿No eres tú el Dios, cuyo divino acento  
de los senos vacíos de la nada  
hizo brotar al ser en un momento  
torrentes de luz pura, que vaciada  
en el caos formó el primer cimiento  
de los orbes inmensos, do lanzada  
la tierra apareció, y florecieron  
montes, valles, y cielo y mar cedieron?

---

Tú eres el que es: y tu palabra cierra  
con candados de hierro el oceano;  
miras al suelo, y tu mirada atierra  
la cumbre altiva y estremece el llano;  
tu sabia ley en tres dedos encierra  
cuanto creó tu Verbo soberano:  
y los tesoros de granizo y nieves  
guardas, y a tiempo en nuestros campos llueves.

---

¡Llueves, Señor! Mas tu potente brazo  
en ronca tempestad no los desprenda;  
vé antes el iris del estrecho lazo,  
con que pactaste en la humanal ofrenda:  
en él te adoro con filial abrazo,  
y en él suplico que tu amor descienda  
cual la llovizna: que en el ronco trueno  
mirarte no oso de justicia lleno.

---

---

## ¡ASPIRACION!

---

Al amable autor de "Lirios  
Tempranos", Pedro Parrabére.

Límpida, bulliciosa, sonriente,  
desliza su corriente  
por mi lugar undoso riachuelo,  
que, rodando sus aguas por los prados,  
corta por ambos lados  
tortuoso cauce en el tendido suelo.

Abrese paso en tosea inflexiones  
quebrando a borbollones  
entre mimbres y juncos sus cristales;  
que en líquidos cendales la campaña  
ruidosamente baña  
fertilizando mieses y eriales.

Por el lado oriental de la ribera  
nace una cordillera,  
que se dilata en muro prolongado,  
do se levanta monte gigantesco,  
que en su pico grotesco,  
argos semeja de rodela armado.

Tiene este monte por estrado a un valle  
de hermosa y vasta calle,

que humilde besa su fragosa planta;  
a cuyo pie, cubierta de jarales,  
    por altos peñascales  
busca acceso al gran valle una garganta.

De allí se extienden campos dilatados  
    de huertas y sembrados  
a largas millas de fecunda tierra,  
que de las aguas la veloz corriente  
    baña copiosamente  
descendiendo en canales de la sierra.

En este dulce, ameno, rico llano,  
    en que todo es lozano,  
todo fecundo, hermoso, placentero,  
el corazón se explaya, y el sentido,  
    de angustia y pena herido,  
recobra paz y norte verdadero.

Aquí a un rincón del valle que he pintado,  
    por mi mano plantado  
tengo un vergeñ de rica flor cubierto,  
que a mi sincero afán agradecido  
    ya muestra todo henchido  
en alegre esperanza el fruto cierto.

Por él distraigo mi cansada huella  
    buscando siempre aquella  
lumbre que sigue al sol que fúlgido arde,  
para arrobarme en toda su armonía  
    cuando en la selva umbría  
brille, al caer la perezosa tarde.

Ya aquí me paro ante fragante rosa,  
la mano temblorosa  
sobre su esbelto cáliz apoyando;  
ya allí remuevo el agua de la fuente,  
que tuere sonriente  
su paso entre la grama tropezando.

Ya busco en torno, sin saber por dónde,  
la dicha, que ¡ay! se esconde  
a cuanto ansioso el corazón desea.  
Sigo... y al fin me rindo fatigado  
al pie del arbolado  
ajeno al bienestar que me rodea.

Y dando al aire trino placentero  
dulcisono jilguero  
viene a poner en aterción mi oído,  
que despertando de su sueño al alma,  
le infunde dulce calma,  
hasta absorberla en misterioso olvido.

Y elevada a región desconocida  
recobra nueva vida,  
que Dios le diera en el primer destino:  
gusta el placer en su fontana pura,  
bebe en él la dulzura  
y queda transformada en ser divino.

¡Oh gozo y paz del centro bienhadado!  
¡Oh! ¡cómo tu traslado  
mi espíritu contempla en lontananza!  
¡Aquí viviera yo libre de penas,

rotas ya las cadenas,  
que rotas veo en célica esperanza!

Yo a la sombra tendido en mi pradera  
muy dichoso estuviera  
contemplando de Dios las maravillas;  
de ambiciones exento, de locuras,  
de necias aventuras,  
del vil metal, de argénteas vajillas.

Aquí de yedra y lauro coronado,  
cantando al monte y prado  
del Hacedor supremo las grandezas;  
apartado de pleitos mundanales,  
que traen tantos males  
en sus pompas de vicios y bajezas.

Aquí... más ¡ay! ¿qué nube de verano  
tras huracán insano  
viene a robarme el transparente cielo?  
¡Oh! ¡cuál braman los vientos encontrados!  
¡cuál valles y collados  
vânse cubriendo de negruzco velo!

Ya retumban chocándose bravíos,  
y envían largos ríos  
de sus bocas los truenos con espanto.  
Ya mi vergel contemplo destruído...  
¡que no hay gozo cumplido,  
que no lo anegue el agua del quebranto!

Sólo al través de ese turbión lejano

florece un soberano  
vergel, do brota y reina la alegría:  
que en este pobre y miserable suelo  
todo es angustia y duelo...  
y ¡el vano gozo dura sólo un día!

---

---

## NAVIDAD

Rió el cielo: destilaron  
de sus manos celestiales  
torrentes de bendiciones  
llenos de gozo, los ángeles.  
Se abrió la tierra cual flor  
sonriendo a los mortales;  
y allá en pobre portalico  
nació un Niño, a quien su Madre,  
más pura y blanca que el ampo  
de las nieves perenales,  
le adoró como a su Dios  
en tierra humilde postrándose;  
dióle un beso como a su Hijo:  
pero ¡ay! como el tierno Infante  
del rigor del crudo invierno,  
falto de abrigo bastante,  
comenzase a dar vagidos  
y todo el pobre temblase,  
llena de amor infinito  
tomóle en brazos la Madre,  
le estrechó contra su pecho,  
le envolvió en blancos pañales,  
dióle a mamar y al Niñito  
acabó por acallarle.  
Al ver todo esto, en corrillos  
decíanse allá los ángeles:  
“¿Cómo es que pobre Doncella  
así ha logrado calmarle?”



## MUSICA DEL BOSQUE

Sobre la verde rama  
Del olmo más erguido,  
Que crece con orgullo  
Mirándose en el río,  
Rüiseñor parlero  
Cantaba dulce trinos;  
No sé si bien me acuerdo  
De aquellos cantareillos,  
Mas entendí que alegre,  
Moviendo el dulce pico,  
Entre ufano y piadoso  
Decía al campo y río:  
—¿No véis? todas las aves  
Ceden al canto mío:  
A nadie Dios ha dado  
Tan melodiosos trinos—  
Y luego enamorado  
Mirando de hito en hito,  
Sobre la yerba fresea,  
Que lame el manso río  
Deseiende presuroso,  
Vase de brinco en brinco  
Hacia la clara margen,  
Moja en el agua el pico,  
Arrulla, torna al olmo,

Y haciendo blando ruido,  
Puntea otra letrilla  
En son tan expresivo,  
Que yo, admirado, al punto  
Me fuí hacia el pajarillo,  
Busquéle por las ramas,  
Y él que me vió, me dijo:  
—¿Da, hombre, a Dios mil gracias  
por todo beneficio,  
Cual yo mañana y tarde  
Le doy con mi piquillo—”

---

---

---

## CARIDAD Y GRATITUD

ODA

**Al Rmo. P. General O. M. Cap.**

Pastor esclarecido,  
Sucesor de Francisco, en dulce anhelo  
mi acento enardecido  
llegue a tí en raudo vuelo,  
y en grato son ascienda de tí al cielo.

---

En cláusulas de fuego  
brindarte quiero canto melodioso;  
pero si a esto no llego,  
ve, Padre bondadoso,  
que el afecto del alma es ardoroso.

---

Mas ¿quién ¡ah! quién se atreve  
al Sucesor de humano Serafino  
la voz mísera y leve  
de pobre Capuchino  
temblando alzar con reverencia y tino?

---

Sólo si el sacro aliento  
del Dios de amor propicio me inspirara,  
bien entonces mi acento

de su adorable Cara  
emanación divina reflejara.

---

Emanación de vida  
de aquel celeste amor, que, soberano,  
tiene en Cristo manida;  
y con divina mano  
convierte en oro el vil metal humano.

---

Virtud, hija del cielo,  
nace a su luz en nítidos raudales;  
que en este bajo suelo  
desata en manantiales  
mil veneros de paz a los mortales.

---

Virtud, hija del cielo  
es alma Caridad, radiante llama,  
que en encendido anhelo  
al hombre ruín inflama,  
y a los eternos goces lo encarama.

---

Por Dios mismo traída  
del cielo y en la tierra trasplantada;  
en su amor concebida,  
a sus pechos criada  
y en raudales al hombre derramada.

---

Virtud, hija del cielo  
es santa Caridad, panal labrado  
en este amargo suelo  
por quien sabe agraciado  
responder a la voz del ser amado.

En el pecho divino  
a torrentes bebió de su terneza;  
y el pecador mezquino  
al contemplar su alteza,  
prendado se quedó de su belleza.

---

Sólo el amor que engendra  
esta virtud, es santo y verdadero,  
cuyo almo fuego acendra,  
de paz rico venero,  
la gratitud del corazón sincero.

---

Amparo y fortaleza  
de aquel que en élla cifra sus labores:  
su celestial terneza  
las penas y rigores,  
las congojas alivia y los dolores.

---

Feliz el que tendido  
bajo su santa sombra y cobijado,  
y puesto ya en olvido  
el mundanal cuidado,  
sólo en su albergue vive consolado.

---

Mas triste del que lejos  
de esta virtud, huyendo en noche oscura,  
oculto a sus reflejos,  
busca en vano ventura,  
y el encanto del mundo y su hermosura!

---

Ella inspira mi canto,  
ella inunda mi pecho de alegría;

y hoy despliega su manto,  
cual claro sol al día,  
que brilla en pos de tempestad bravía.

---

Y hoy ciñe el arpa de oro,  
santo Pastor, de lauro floreciente,  
y ofrece por tesoro  
corona reluciente  
de blancas flores para orlar tu frente.

---

Y hoy canta los desvelos  
de tu ferviente pecho bondadoso,  
los trabajos y anhelos  
que por tu grey, piadoso,  
Padre y Pastor, soportas generoso.

---

Y el mío así inflamado  
celebra tus virtudes a porfía;  
de rosas coronado  
recorre en este día  
de tus glorias la inmensa galería.

---

¡Ah! si mi pobre canto,  
en vivo arranque de encendido anhelo  
volar pudiera tanto  
con levantado vuelo,  
que su armonía arrebatará al cielo!

---

A la cumbre subiera,  
donde ciernes las alas de tu gloria:  
de sus luces bebiera,  
dignas de clara historia,

de tus hechos cantando a la memoria.

---

Pero mi débil canto,  
falto de voces, pobre de armonía,  
volar no puede tanto;  
si bien grato porfía  
el afecto en mostrar del alma mía.

---

Afecto, que piadoso  
mientras Dios rija, y de mi edad la rueda  
gobierno bondadoso,  
antes mi diestra queda  
se tornará, que amortiguarse pueda.

---

¡Oh dulce sentimiento  
del paternal amor, que en dulces lazos  
presta secreto aliento  
al hijo, que en sus brazos  
goza del fuerte imán de sus abrazos.

---

Guste, oh Pastor querido,  
yo de tan suave amor la dulce prenda;  
su néctar bendecido,  
que sobre mi descienda,  
en alma y pecho su virtud extienda.

---

Y alegre corderuelo  
en pos de ti por sendas y breñales  
iré al florido suelo  
de gozos eternos,  
que al alma paze en rosas inmortales.

Ya fiel te sigo y tiendo  
por caminos seguros y orientados,  
y los escollos hiendo  
por tu huella marcados,  
en pos de tí marchando sin cuidados.

---

Hasta que al fin de penas  
libres ¡oh Padre! y de esta cárcel dura  
rotas ya las cadenas,  
en la inmortal ventura  
del Sumo Bien veamos la hermosura.

---



## ¡AURORA PASCUAL!

(Lux ecce surgit aurea)

Ya la aurora anunció con sus albores  
Teñida en mil colores  
La fiesta y gozo del solemne día:  
Ya sus fulgores, recorriendo el velo  
Del aterido suelo,  
Ciñen los montes y la selva umbría.

---

Ya en cada flor tremolan banderolas  
Las nítidas corolas  
Al santo Vencedor del Orco impío,  
Y vuela el ave ensordeciendo el viento  
Al sacro monumento,  
Dó inútil vela el pérfido judío.

---

Ya álzase altivo de su cuna ardiendo  
Y luz nueva esparciendo  
El sol fecundo; y por el mar sonoro  
Asoma sobre el carro refulgente,  
Lanzando desde oriente  
Fuego en mil haces por las bocas de oro.

---

Hermoso el astro que domina el cielo,  
Hermoso el verde suelo,  
Juvencido con pintadas flores!

Todo respira celestial contento,  
    Todo vital aliento  
De un Dios triunfante en medio a los loores!

---

¡Día de bendición! el mundo entero  
    Celebra pregonero  
Del Capitán divino la victoria;  
La tierra, el cielo, el limbo con sus almas  
    Baten ruidosas palmas.  
Vítoreas dando a su triunfante gloria.

---

Hoy la Hija de Sión ciñe y esmalta  
    Su pecho; y tañe y salta  
En torno al hoyo de la blanca losa.  
Su amor enciende: aviva y engalana  
    Su manto de oro y grana,  
Su pura frente de laurel y rosa.

---

¡Plácido día! Suspirada calma  
    Envuelve y sacia al alma,  
Y eleva el corazón en dulce encanto;  
Que inundando mi joven fantasía  
    De amor y poesía,  
La anega muda en misterioso espanto.

---

¡Oh celestial placer! siquiera al menos  
    De esos cielos serenos  
Yo ¡ay! gustara el néctar de tu gloria;  
Lleno de amor entonces te enviaría  
    ¡Oh Cristo! la poesía,  
Que en mí sentí de tu triunfal victoria.

---

---

---

## PERSPECTIVAS

### 1.<sup>a</sup>

Ve aquella que se desprende  
del monte roída peña,  
cual mal arraigada breña,  
que en tierra arenosa prende.  
Desde el movedizo suelo,  
donde trémula se abraza,  
al hondo valle amenaza  
caer en rápido vuelo.

Contempla en ella a tí mismo:  
si del monte es desprendida,  
¿qué le espera a la caída?...  
a la caída ¡el abismo!

### 2.<sup>a</sup>

Mas tiende a la vez tus ojos  
al bosque que está vecino,  
do florece esbelto pino  
entre peñascos y abrojos.  
Contra él huracán furioso  
ensaya su empuje y fuerza;  
y aunque lo quiebre y retuerza,  
siempre brota más frondoso.

¿Qué espera en cambio el mortal,  
a quien la afficción azota?

Feliz si cual pino brota  
a golpes del vendabal.

3.<sup>a</sup>

De allá vuelve a la pradera,  
que airosa yace a tu espalda,  
besando la abrupta falda  
de espaciosa cordillera.  
Mira cual limpio arroyuelo  
serpea, dando a la flor  
vida y belleza y frescor,  
que va fecundando el suelo.

Contéplate en él también:  
y mira que en esta vida  
debes hasta la partida  
como el arroyo hacer bien.

4.<sup>a</sup>

Tu cansada vista al fin  
convierte al diáfano cielo;  
en alas de ardiente anhelo  
vuela a su último confín.  
Todo es luz, todo armonía,  
do como en propias mansiones  
florecen los ricos dones  
del amor, paz y alegría.  
¡Qué belleza sin ejemplo!  
copia en tí mismo un traslado,  
que imíte bien al dichado,  
de tales virtudes templo.



## SOLILOQUIO

### Al Angel de mis canciones

Clamabit ad me et ego exaudiam  
eum, cum ipso sum in tribulatione,  
eripiam eum et glorificabo eum.  
(Salmos).

Cuando en los sueños de la edad primera,  
bella ilusión de la humanal carrera,  
que huye a la muerte con veloz corrida,  
pródigo brindas, oh Angel peregrino,  
dulce consuelo, plácidos amores;  
y de esta corta vida  
vas matizando a trechos el camino  
de arroyüelos y encendidas flores;  
libre del alma el inocente pecho,  
sobre el mullido lecho  
de tus celestes brazos arrullada,  
late feliz en ansias voladoras,  
soñando a todas horas  
con la ventura y celestial morada.

Así un tiempo recuerdo yo, Angel mío,  
en que radiante y de dulzuras lleno,  
sobre tus brazos mi alma paseabas  
por un vergel ameno.  
Allá en tu amor sagrado  
¡oh dicha! me embriagabas:  
túnica excelsa de color nevado,

fruto de tus desvelos,  
a mi cuerpo ceñías,  
y sin dolor mis pasos conducías  
a la mansión eterna de los cielos.  
¡Cuán dulce y cariñoso  
aplicabas tus labios en mi frente,  
y el ósculo ferviente,  
que de tu amor sentía venturoso,  
mi alma derretía  
y en tu sagrada faz la embebecía.  
Cuántas veces, recuerdo ¡oh Angel mío!  
con gracioso desvío  
tu semblante risueño me ocultabas,  
y al pié de blanco lirio  
linda canción en el jardín cantabas.  
¡Ay! cuánto me obligabas!  
y a amenizar tu amor y tu hermosura,  
creyéndote una rosa,  
pintada mariposa  
posábase sobre tu casta frente.  
Y el ruiseñor al son de tu armonía  
batiendo alegremente  
las alas, descendía  
a tus manos en trino cadencioso,  
de aquí a allí saltando presuroso.  
Y el blanco lirio que a tus pies brotaba  
en el vergel de flores tapizado,  
lánguidamente el cáliz doblegaba,  
para aspirar en su gentil cercado  
los himnos de dulzura,  
que allí la brisa pura  
en blandos ecos del cantar llevaba.

¡Feliz era mi suerte!  
Mas ¡oh vida que nace para muerte!  
¡qué breve es su gozar! y cuán sin rienda  
por ignorada senda  
va a dar al fin en su postrer ocaso!  
que apenas un instante se divierte  
la vista, cuando advierte  
la huella audaz de su gigante paso.  
¡O recuerdos risueños, que hoy evoca  
mi corazón!... y en lúgubre quebranto  
¿por qué en mí pobre canto  
la más suave bonanza  
con la más negra tempestad se toca?  
El sol de oriente en majestad nacido  
sembrando paz, fulgores y alegría,  
ya tras los montes se hunde, y en un día  
transformación tan repentina ha sido.  
Ayer de vida y juventud henchido,  
la sien cubierta de lozanas flores,  
hoy triste y desvalido  
rodar las veo al suelo sin verdores.  
Ayer soñando encantos y bellezas  
con la sonrisa angelical del cielo;  
hoy acosado de dolor, tristezas  
de indefinible malestar oprimen  
mi alma, al recuerdo de envidiables glorias,  
que, para aumento del presente duelo,  
son de otra edad nostálgicas memorias.  
Ellas me dicen ¡oh Angel! que tú eres  
el que tan grato ayer me sonreías;  
ellas que tú de aromas y armonías,  
todo en mi alrededor, sueños y seres

con maternal solícitud cubrías.  
Mas ¿dó paró tan celestial ventura?  
¿qué se hizo ¡ay! de mi pasada estrella,  
qué del jardín y plácida hermosura,  
qué de mi bien y de mi edad más bella?  
¿Do la voz suena, que antes me agradaba,  
dónde la flor que allí me recreaba,  
dónde el Angel, que al pie de la azucena  
hacía oír su canto delicioso?...  
En mi pecho aún resuena  
dulce la voz del Angel amoroso!

Presto ¡ay, de mí! muy presto se han trocado  
mis pasado: sinceros regocijos  
en lamentos prolijos.

¿Qué brazo en ira armado,  
a mis ojos oculto y escondido,  
de la cumbre feliz me ha derrocado,  
rotas las alas, y en horror sumido?  
¿Qué noche es ésta, que mis ojos miran?  
¿por qué oculto desierto,  
el paso endeble, el corazón incierto,  
hoy mis anhelos agolpados giran?  
La luz que un día en vívidos fulgores  
iluminó la senda de mi vida,  
¿quién ha apagado? las fragantes flores,  
que ceñían mi frente adormecida,  
¿qué mano aleve marchitó? Dios santo,  
inconsolable llanto  
viene a inundar en lágrimas mis ojos.  
No veo sino abrojos:  
la pena aumenta y el voraz quebranto,  
cual sierpe coreobada,

entre los pliegues de mi negro manto  
retuércese ensañada.

Huyeron ya con el espanto mudos  
de mi boca, Dios mío, los acentos,  
que exhalaba mi pecho alborozado:  
sólo ya roncós, lúgubres lamentos  
arranco apenas a mi plectro amado,  
que antes ¡feliz de mí! cantar solía  
himnos de amor, endechas de alegría.

---

—A tí, pues, vengo en angustiosa duda  
a demandarte, mi Angel peregrino,  
amparo y pronta ayuda.  
No mi aflicción desoigas enojoso,  
que recio torbellino  
movido hase en mi alma;  
y a tí con rostro mustio y pesaroso  
buscando llego mi perdida calma.  
Ven ¡oh santo Angel! ven al valle umbrío  
en el silencio de la noche oscura;  
vierte un rayo de luz de tu hermosura  
desde la excelsa cumbre,  
donde te ocultas con tenaz desvío.  
¡Oh de mi vida misteriosa lumbre!—

Mas ¡ah! ¡cielos! ¿qué veo?  
En fugitiva huella  
de fúlgida centella,  
que hiere el ojo de imprevisto... veo  
rasgar el aire en rápido aleteo  
al Angel peregrino,  
que, acento leve de invisible lira,  
a mi oído suspira  
volando al monte del feliz destino.

Miróle huir y con afán ardiente  
tiendo veloz los brazos para asirme  
de su cándido manto... y locamente  
corro tras él lloroso, y mil querellas  
dando a los aires, que engañosos ecos  
repiten por los huecos  
del monte, que al son de ellas  
la voz remedan de mi Bien querido.  
Y trémulo y rendido  
a través de las sombras caminando,  
llamo y más llamo al Angel, afligido  
a las cumbres y valles preguntando:  
—¿Do estás, Angel amado,  
de mi tan olvidado?  
Mira mis penas, cuida de librarme,  
que es ¡ay! muy recio y duro el enemigo,  
y no es dado escudarme.

Mira el dolor violento,  
que asorda mis clamores;  
mira mi flaco aliento,  
siempre impotente a tantos sinsabores.  
¿No me miras aún? ¡óyeme, mira!  
¿por qué hoy en mi amargura  
te alejas de mi lado,  
y en tinieblas sin luz y sin ventura  
me dejas aherrojado?...—

---

¡Triste de mí! acongojado, ansioso  
exhalando del pecho hondos lamentos  
trepo a la cumbre por buscar reposo...  
Pero ¡ay! son vanos mis cansados pasos,  
son vanos mis acentos...

Mudó su ley en mí naturaleza,  
que hasta no hallar a quien el alma ansía  
no siento ya su vida, ni belleza;  
ni en su curso normal y movimiento  
percibo la armonía,  
que antes tan dulce y grata la sentía.  
El blando mecimiento  
de las altas frondosas arboledas,  
el trémulo conciento  
del suave resbalar de ocultas hojas,  
las armonías ledas  
del ave solitaria en la espesura  
frío terror me infunden y congojas,  
que acrecientan mi amarga desventura.  
Si al cielo miro y su azulado manto,  
a mis ojos se muestra en luto airado;  
si del peso abrumado  
contemplo con amor la baja tierra,  
me aflige dolor tanto...  
que al fin me rindo a tan mortal quebranto  
desfalleciendo en la escabrosa sierra.

---

—Ved cuán duro, Señor, es mi destino:  
no puedo más en tan difícil prueba,  
que es ¡ay! muy arduo y áspero el camino.  
Ven ¡oh mi Dios! mi espíritu renueva;  
pon en mi ayuda tu benigno brazo,  
si a no lejano plazo  
has abreviado tu poder divino.  
Mírame al fin: ¿o tu bondad olvidas,  
tú, Padre amable, que de suave freno  
ley imponiendo, produjiste el mundo  
lleno de encantos, de hermosura lleno?

con fuerte mano en tu saber profundo  
para tus glorias publicar, de un velo  
terso y azul vestiste el ancho cielo.  
Diste a la flor para beber su aroma  
nítido cáliz, para alivio blando  
cercaste el árbol de tendida rama,  
el aura pura en la apacible loma  
nacer hiciste, que veloz soplando  
por campiñas y selva se derrama:  
para trinar las aves produciste,  
el monte de cascadas,  
de fontanas el prado enriqueciste...  
¿y a mí, oh Señor, como a los hondos mares,  
de amarguras y azares  
saciar me el alma acaso dispusiste?—

---

Digo llorando así... y al par conmueve  
mi corazón extraño sentimiento,  
que presente del Angel, donde se halla,  
la presencia feliz, el claro acento,  
el murmurio del céfiro que mueve  
sus seráficas alas... pero calla.  
—¿Callas, mi Bien? no me respondes? dime:  
¿no ves el ansia que a mi pecho oprime,  
por ver siquiera en el sereno espejo  
de tu semblante un pálido reflejo  
del santo amor, por quien mi amor desmaya?  
¿No ves que está tan lejos la alta playa,  
do yaces tú, y cielo y mar y tierra  
cruelles me hacen guerra?—  
Hasta el peso ¡ay de mí! que arduo me abruma  
burla de mis dolores.

y mis quejas y llantos y clamores  
resuélvense en espuma.  
Y si olvidar aún quiero  
mis agudos pesares,  
de mil angustias nuevo derrotero  
veo abrirse, cual ondas de los mares,  
que me anegan con ímpetu más fiero.

---

Así en senda fragosa abandonado  
y de alta mar en la amargura hundido,  
del consuelo celestial desesperado,  
con semblante y acento dolorido,  
al cielo empedernido  
lanzo grito angustioso,  
que en alas del dolor hiende ligero  
los anchos senos del espacio airoso.  
Mas ¡ay de mí cuitado!  
¿así infeliz en aflicción probado,  
vencido soy del negro abatimiento?  
¡culpable desvarío!  
¿de tu divino amparo desconfío,  
y en vil y necio sollozar blasfemo?  
¡perdón, perdón, Dios mío!  
osé contra tu amor... ya me arrepiento!  
Sí, sí, ¡piedad! que en luz arrebolada  
en la cima del monte veo una Estrella,  
una no más, pero tan dulce y bella,  
que en pos de sí con celestial encanto  
arrastra a mi alma, que en su lumbre fía  
de mí extraviada vía  
las tinieblas vencer. ¡Dulce esperanza  
de mi duro quebranto!

Ya en plácida bonanza  
dirige amable mi cansada huella  
a la feliz montaña... ¡Ella es mi guía!  
la del hirviente mar fúlgida Estrella,  
la dulce siempre virginal María,  
¡a que en mis trances me salvó ¡sólo Ella!

—¡O luz, luce en mi alma,  
y alumbra ya la noche de mis penas,  
quiebra ya mis cadenas,  
y libre goce del amor la palma!  
Y tú ¡Angel amado!  
que sobre mí velando noche y día,  
contemplas mi penar desde la altura,  
lleva a mi Dios mi acento aeconojado,  
llévale y dí que en lánguida agonía  
muriendo estoy de amor en noche oscura.  
Dile a mi Bien que acabe ya mi duelo,  
dile que venga en plácido consuelo  
a me apurar el cáliz de amargura...

¿Callas, cruel? de mi clamor te alejas?  
¿Por qué insensible a mis sentidas quejas,  
por no escucharme, con tu sacro manto,  
tapas, veloz huyendo, tus orejas?....  
No, no, ven presto, enjuga ya mi llanto.

¿Piensas que dura roca  
soy por ventura, que en furor violento  
del líquido elemento  
resiste la onda, que en su frente choca?  
¡Ay! no, que pobre esquife  
en vórtice revuelto sin piloto,  
daré sin tiento contra el arrecife,

do quedará por fin hundido y roto.  
Dile a la Reina del Amor, la bella  
dulce Madre de Dios, del mar Estrella,  
que me tienda sus manos:  
dile que perseguido  
por dentro y fuera soy de tres tiranos,  
que fuertes e inhumanos  
verme pretenden a sus pies rendido.

---

Así diciendo, inclino ya mi frente  
en largo espacio sobre el débil pecho,  
de tanta angustia y aflicción deshecho:  
y al punto blandamente  
sus alas misteriosas  
de plácido beleño  
sobre mi adusta frente  
cierne silenciosas  
el apacible sueño,  
que, acariciando a mi alma,  
y sus penas dejando en el olvido,  
en dulce hechizo infúndeme tal calma,  
como no cabe en humanal sentido:  
a cuyo influjo el Angel de mi vida,  
vestido de brocados,  
desde la cumbre excelsa y escondida,  
sobre las plumas del céfiro süave,  
con semblante amoroso, pero grave,  
viene a aliviar mis miembros fatigados.

---

Como después de negros nubarrones,  
saliendo el sol en su esplendente asiento  
brillar se ve con nuevo lucimiento  
y dar color más vivo a las campiñas;

así el Angel feliz de mis canciones  
llega a brillar en medio de mi alma  
con apacible y misteriosa calma....  
Y vuelto yo de la honda pesadumbre  
veo a mi lado el Angel bondadoso,  
tan brillante y hermoso,  
que el sol sería pálido vislumbre.  
Amable y cariñoso  
mueve sus alas de color nevado,  
hiere y sacude mi dormida frente,  
déjame todo en su fulgor bañado;  
pone su mano ardiente  
sobre mi pecho, el corazón me estrecha,  
y hediendo en él enharbolada flecha,  
quedo en su amor del golpe arrebatado.  
Y al punto complaciente,  
sus labios de carmín entreabriendo,  
toca mi sien ligera, suavemente,  
me imprime un beso, y háblame diciendo:  
“—No temas, caro amigo:  
yo soy de Dios felice mensajero,  
que de esta vida en el mortal sendero  
lucha, padece y siempre ora contigo.  
Dios nunca te abandona:  
mas al entrar en su real servicio,  
quiere que el siervo que su amor blasona,  
de la virtud en áspero ejercicio  
labre valiente su inmortal corona.  
Así cuando mil males  
de la mano de Dios tu pecho affigen,  
piensa amante que todos se dirigen  
a modo de castigos paternos.

No abatas, pues, tu espíritu afligido,  
que El en su amor sin fondo ha preferido  
brindarte ahora ofrenda meritoria,  
para darte después eterna gloria.  
Y atiende, fiel amado,  
que tu estás obligado  
humilde a recurrir a su clemencia,  
cuando negra influencia  
y del dolor el peso te ha abrumado.  
Suave es el yugo del Señor: su gracia  
pídele humilde sin cesar; las penas  
deleite son con el favor divino;  
y al quebrarse del cuerpo las cadenas,  
son rica prenda en el postrer destino.  
El mismo Dios con amoroso acento  
cantó en el arpa del real Profeta:  
“Cuando el mortal en triste abatimiento  
clamare a mí, le habré al punto escuchado:  
que Yo en todo momento  
me pongo siempre al lado  
del pobre atribulado.  
Derramo en él cual Padre a manos llenas  
el bálsamo de vida,  
que amengua y quita las amargas penas,  
y en la final partida  
doile en mi Casa gloria sin medida”.

---

Dice: y en alas de radiante vuelo,  
cual astro errante de encendida estela,  
desaparece rápido a mis ojos...  
Sobre el desierto suelo  
caigo al punto de hinojos

en ferviente oración, dándole al cielo  
gracias sin fin, que en celestial consuelo  
bañan de fé y amor el alma mía....  
Tiendo la vista al monte rutilante,  
por donde en triunfadora gallardía  
dejó sus huellas mi sagrado Amante.  
Con intensa alegría  
recuerdo su fineza,  
su imponderable celestial dulzura,  
de su rostro la angélica belleza....  
Y al levantar de nuevo la mirada,  
despierto ya del sueño  
al blando son del aura regalada.

---



## EL VERGEL DE LA VIDA

A la memoria de mi  
hermana María.

Por un ameno vergel  
mi alma de ilusiones llena,  
mezcla de placer y pena  
a veces solía hallar:  
porque a veces con las flores  
divertido el pensamiento  
sentía vago contento,  
que a dar venía en pesar.

---

Del aura al sople liviano,  
perfumado con las flores,  
aspiraba los olores  
del encantado vergel;  
y embebido meditando  
dulces sueños me alegraba,  
y mi salud confortaba  
paseándome por él.

---

Mas un día contemplando  
las plantas de la floresta,  
tallo la corola enhiesta  
de blanca, olorosa flor.

Muévese un viento ligero,  
y apenas sopla en mis manos  
que en sus pétalos lozanos  
desvanécese el verdor.

---

Miro entonces a una rosa,  
que en su trono de esmeralda  
lucía rica guirnalda,  
cual princesa del jardín:  
y al inclinarme a cogerla,  
en vez de encantos y auroras,  
hallo espinas punzadoras  
y marchito su carmín.

---

¡Cuán juntos marchan, Dios mío,  
los gozos y los pesares!...  
Cual la espuma de los mares  
tras las ondas del bagel.  
A las plantas del esquife  
nace altiva sonriendo,  
para morirse gimiendo  
en su mismo redondel.

---

Vuelvo los ojos en torno  
por buscar más bellas flores....  
mas ¡ay! tan sólo dolores  
encuentra mi corazón:  
que en angustias anegado  
late sus fibras ansioso,  
pidiendo al cielo reposo  
y consuelo en la aflicción.

---

Es el recuerdo de aquella  
flor divina, duradera  
de la eterna primavera,  
que florece en el Edén.  
Flor, que en su nítido cáliz  
guarda la excelsa diadema,  
que allá en la vida suprema  
coronará nuestra sien.

---

Si dan los placeres cuita  
y aflicción el grato suelo,  
¿en dónde hallar el consuelo?  
¿en el lecho de un vergel?  
¿Acaso blanca azucena  
tendrá mi bien encerrado  
en su hermoso cerco alado,  
en su vistoso dosel?

---

En tanto que así decía,  
la más fragante y amena  
del jardín alba azucena  
al suelo ajada cayó.  
Entonces, mirando al cielo  
ví que sólo tras la muerte  
hallaré en última suerte  
mi gozo y mi bien en Dios.

---



## LA VOZ DEL BUEN PASTOR

---

Con motivo del jubileo  
sacerdotal de S. S. Pío X.

### I

Quisiera en mi impotencia la cítara de oro,  
que vibran los querubes con plectro divinal,  
para entonar un himno dulcísimo, sonoro  
de Roma al Padre santo, al Padre universal.

Mas ¡ay! temo, vacilo: que nunca los abrojos,  
que de entusiasta bardo topando al paso van,  
venecí; jamás del arte pisé, siquier de hinojos,  
el místico zaguán

Ricos de fé sincera, si pobres de armonía,  
los bárbaros sonidos de mis conceptos son:  
mezquina en sus imágenes la inquieta fantasía,  
si pródigo de afectos mi ardiente corazón.

Mas cantaré, aunque humilde, con noble atrevimiento;  
que hoy de mi tosea lira no ofenderá el cantar,  
cuando la Iglesia Madre infunde dulce aliento  
a celebrar del Papa la fiesta jubilar.

Su santa fé me inspira, la fé que del Oriente  
en alas del gran genio fecunda iluminó  
las fértiles campiñas del nuevo continente,  
que, cual Edén soñado, de ignoto mar surgió.

Ante su lumbre Chile, patria de vencedores,  
rindió la noble frente de Cristo a la verdad:  
santa verdad que irradia con vívidos fulgores  
del alto Vaticano la augusta Majestad.

Y hoy del Hijo del trueno la gran ciudad Chilena,  
sus senos dilatados por íntima expansión,  
se agita, se conmueve de vivo afecto llena  
por dar al gran Pontífice espléndida adhesión.

La ciencia y arte unidas en liza entusiasmada  
poética corona se afanan en labrar,  
para ceñir amantes con mística lazada  
las sienes del Pontífice en su año jubilar.

De gloria émulos todos ya veo cual palpitan,  
inspiración pidiendo del ara santa al pié:  
conozco los anhelos que al pensador agitan,  
conozco del poeta la generosa fe.

También así en mi pecho del estro enardecido  
a intermitentes golpes retoza el corazón,  
ansiado de la Iglesia al gran Monarca ungido  
cantar dulces endechas en rítmica canción.

## II

Es ya la tarde: al soplo de la aura templadora  
percibo dulces ecos en torno a mi volar:  
murmullo blando, plácido, que en voz arrulladora  
por las nocturnas sombras llamando está a mi hogar.

¿Es invisible genio que vaga en los espacios  
sobre alas impalpables del mundo en derredor?  
¿es celestial espíritu que en áureos palacios,  
velado el rostro lúcido, de Dios canta el amor?

¿O el ángel de la tarde presenta en copa de oro  
vibrante entre sus manos fructífera oración,  
que en espiral inmensa del misterioso coro  
sube en grata oblación?

¿Y qué en sus leves ondas dicen los blancos ecos,  
sus alas agitando sobre mi pobre umbral?  
¿qué buscan cuando mueren hundiéndose en los huecos  
del centro solitario del claustro monacal?

¿Quién vá?—grito: y el eco resbala misterioso  
en las nocturnas sombras, cuando veloz clamor  
cruzando por las bóvedas respóndeme amoroso:  
—De Dios soy el Herald, del mundo el buen Pastor.

Y al par cual si escuchara de hábitos sagrados  
de rozagante seda el suave deslizar,  
contemplo del Pontífice los pasos mesurados  
subir las áureas gradas del sacrosanto altar.

Y veo que del templo el perfumado ambiente,  
con luces irisado de nítido esplendor,  
refleja de sus labios el resonar potente,  
llamándonos a todos con paternal amor.

Y siento que en las bóvedas se extiende la armonía  
de su inspirado acento, que arranca al corazón  
mil lágrimas ardientes preñadas de alegría,  
de fé y amor filiales magnífica expresión.

Ya el aura saturada al toque de su frente  
paréceme que vierte perfume celestial,  
como deshecha en perlas de saltadora fuente  
derrama en la espesura jugo y frescor vital.

Ya creo que sus ojos mi corazón hiriendo  
con paternal mirada difunde en torno amor,  
ya finjo que al mirarme me va dulce diciendo:  
“yo soy el buen Pastor”.

Y sueño ya que el céfiro henchido a su elocuente  
acento blando suena: “yo soy el buen Pastor”;  
que el eco fatigado repite dulcemente  
“yo soy el buen Pastor”.

Sí, tú eres Pastor santo, que a dulces pastos mueves  
por la cristiana senda a la escogida grey:  
y allá en la Piedra viva de Cristo Dios la embebes,  
de su Razón divina cumpliendo sacra ley.

Conozco, sí, en tus voces, que vienen desde lejos  
temblando a mis oídos, que tú eres buen Pastor;  
conozco en tus miradas los nítidos reflejos  
de tu sagrado amor.

Conózcote: y admiro tu santo amor paterno,  
pintado en tu semblante de plácido sonrís;  
conózcote al decirme con ese acento tierno:  
“yo soy Pastor, que vengo a hacer tu alma feliz”

Venid a mi, ovejillas, las que gemís en llanto,  
y en sempiterno gozo de Dios os bañaré,  
de aquel dulce Bien sumo que es bálsamo al quebranto  
de combatida fé”.

“Pastor soy que abandona por la perdida oveja  
la entera grey y olvida por ella mil y mil:  
cruza montañas, valles, y todo alivio deja  
hasta la hallar y en hombros condúcela al redil.

¡Oh Padre y Pastor tierno, más que Pastor, mi Padre:  
con ambos dulces títulos te nombra ya mi amor:  
Pero en mi fé sincera no sé cuál más te cuadre,  
si el título de Padre o el nombre de Pastor.

Si de Pastor te es propio velar en la majada,  
de Padre en tí posees por templo un corazón:  
si del primero pastos, del otro me es prestada  
sublime compasión.

Mas ¡ah! la voz de Padre que escapa de mis labios,  
jamás podrá acallarla mi afecto filial:  
que nunca otro vocablo podrán formar los sabios,  
que encierre en su concepto dulzor tan celestial.

Si bien al par contemplo ligada en tu persona  
del pastoral oficio la excelsa magnitud;  
que a impulso de tus méritos te labra una corona  
en la eminente cumbre de ciencia y de virtud.

Tú con serena frente pisaste las altezas,  
que forja en su delirio la mísera ambición:  
mas Dios, ya que la huías, te levantó a grandezas  
sublimes, superiores a humana condición.

Y en alas vuelas rápido del genio peregrino,  
sentado sobre el monte del Sol de la Verdad,  
y ofréceste en la senda del áspero camino,  
como brillante antorcha de ciencia y de piedad.

De tu infalible ciencia los nítidos raudales  
envía al fértil suelo del mundo de Colón,  
traspasa de los Andes las cumbres virginales,  
fecunda del Chileno la heróica nación.

Chile, región edénica, del sol acariciada,  
de montes gigantescos, de inmensurable mar:  
que alza su frente al cielo, de nieves coronada,  
con infinito anhelo queriéndolo besar.

A esta fecunda tierra de intrépidos guerreros  
si fieles a su patria, más fieles a su Dios,  
derrama, Pastor santo, de fe ricos veneros,  
que los mantenga unidos de Cristo Rey en pos.

Sí ¡ay! Pastor sagrado, que en las tremendas luchas  
que agita el negro monstruo, es fácil sucumbir;  
que por fatal desgracia son muchas ¡ay! son muchas  
las víctimas que no hacen más que llorar, gemir.

Mirad la antigua sierpe ceñida de centellas  
tras el rojizo carro de engaño e impiedad,  
que acecha desde lejos las inocentes huellas  
del que la senda sigue de fe y de caridad.

Sus roscas arrollando sagaz y seductora  
parodia del rebaño las pieles y el balar...  
e incauta la ovejilla feliz, retozadora,  
trisca de mata en mata sin lazos sospechar.

Ya corre desalada saliendo del otero,  
y va a caer en los dientes del hórrido chacal...  
¡la honda, Pastor, la honda, arrójale certero!  
como el zagal de Efrata lanzó contra Golial.

Tiende la vista pródigo sobre ese mar incierto  
del mundo, rige el paso del pobre pecador,  
su navecilla náufraga guía al seguro puerto,  
donde Jesús nos brinda su inagotable amor.

Jesús, vida del alma, que con la muerte asido  
en afrentoso tronco pródigo amor nos dió:  
cuyo costado abierto por dardo enervado  
en purpúreos raudales fuente vital manó.

A esa fontana viva de tu cayado santo  
bajo la dulce guarda, su sed a apagar van  
las pobres ovejillas, que trémulas de espanto,  
temen del lobo pérfido el sanguinario afán.

Más yo, inesperto, tímido sobre mi esquife roto  
las olas voy sureando cansado de remar.....  
¡la Estrella de los mares! boga a su luz, Piloto,  
que el puerto a nuestros ojos empíezase a cerrar.

María, dulce Estrella, de santo amor delirio,  
que inunda a nuestras almas en piélagos de luz;  
la hermosa Virgen Madre, que en hórrido martirio  
viendo a su Dios clavado, nos engendró en la Cruz.

A su fulgor virgíneo encauza tú mis vuelos  
desde este suelo mísero al celestial confín:  
su brillo me ilumine, cuando en mortales velos  
mi vida sienta próxima a su postrero fin.

En tanto, oh dulce Padre, tranquilo al cielo tiendo  
por las tortuosas sendas bajo tu amparo fiel,  
y en pos de tus vestigios brezos y escollos tiendo,  
los páramos trocados en prácido vergel.

Tu bendición imploro... yo en cambio con mi lira  
postrarme sólo puedo pidiéndote favor.....  
porque mi acento débil en mi garganta expira,  
expira con tu amor.

Así, Pastor y Padre, mi pecho conmovido  
preséntaos mil plácemes de amor y gratitud,  
de sus profundos senos a vuestra gloria unido  
lanzando sus afectos al par que su laúd.

---



## FLORECILLAS DE SAN FRANCISCO

Con sus dedos de rosa blanca Aurora  
va recorriendo de la noche el velo;  
brisa fugaz de aromas saturada

cimbrea en suave oreo  
de un cercano pinar las altas copas  
de los esbeltos árboles, que a trechos  
permiten ver, abriéndose ondulantes,  
del adriático mar los verdes senos.

Surge el sol, y sus rayos  
iluminan espléndidos  
las verdeantes faldas  
de un escondido cerro,  
que, aunque domina el mar desde su cima,  
siempre oculta modesto  
a la osada mirada del profano  
el sagrado misterio  
de un hombre, que hecho amor, vive en la tierra  
peregrino feliz mirando al cielo.  
De rodillas está: acariciado  
por el ventalle de los pinos, suelto  
su semblante hacia el mar, cuyo murmurio  
unido a su alto ruego,

le hace caer de languidez divina  
en dulce arrobamiento.  
¿Es que el orar ferviente y prolongado,  
así robando al sueño  
las altas horas de la noche, rinde  
al hombre enamorado, que en el cielo  
tiene puesto su amor, mas en la tierra  
como un vivo salterio  
con las plantas, las aves y las bestias  
canta al Señor en plácido concierto?  
Entornados los ojos, y los labios  
ligeramente abiertos,  
dando expresión al pálido semblante,  
los brazos extendidos hacia el cielo,  
y la noble cabeza algo caída  
sobre el cansado pecho,  
que recibe la lluvia de unas lágrimas  
en amoroso y cálido silencio;  
parece ya que cede a la fatiga  
de los hondos afectos  
de su amante vivir; mas es Dios mismo  
quien lo rinde a su amor, y el débil cuerpo,  
aún transformado milagrosamente  
en otro Cristo, traspasado el pecho,  
y las manos y pies agujereados  
con divinales hierros,  
busca expansión de la aérea colina  
en el ambiente fresco.  
¿Mas hallará Francisco para el horno  
de sus ardientes vívidos afectos  
en los efluvios de la hermana tierra  
cumplido refrigerio?

¿Ofrecerá quizás el horizonte  
a sus altos anhelos  
dulce vagar, que algún tanto mitigue  
de su encendido pecho  
los ardores seráficos,  
de amor divino prodigioso extremo?

---

Con pasos medidos,  
los ojos en el cielo,  
sube a la verde cima  
del solitario cerro.  
Suspira, y de su boca  
exhala hondos acentos,  
que van diciendo a todos:  
su amor me pone en fuego,  
su amor divino y santo  
por quien me estoy muriendo,  
su amor, que no es amado  
en este ingrato suelo;  
¡Oh, Amor de los amores,  
profundo es tu misterio!

---

Francisco hunde su vista  
en el espacio inmenso  
anhelante de ver si algún viviente  
de la tierra o del cielo  
quiere con él en fraternal consorcio  
compartir el secreto  
de su alto amor... y allá en el horizonte,  
do se abrazan y besan mar y cielo,  
aparece ligera nubecilla,  
en cuyo blanco seno

destácase una mancha, que en gracioso  
y curvo movimiento  
avanza hacia la cima  
del escondido cerro,  
do el Santo cae en delicioso éxtasis  
con las flores riendo,  
que le dicen del Lirio de los valles  
inefables secretos.

Los árboles que en torno se columpian  
movidos por el viento  
parece que inclinados suavemente  
ponen oído atento  
a las dulces palabras,  
que se exhalan del pecho  
del Santo Pobrecillo, y contestando  
con un sacudimiento  
abren sus copas a la móvil mancha,  
que vagarosa se cernía lejos;  
y de repente en círculos graciosos,  
al trasponer un cerro,  
alígera bandada  
de pájaros parleros  
se van posando por las verdes ramas  
en bullicioso vuelo.

—Hermanitos, venid: cantad conmigo  
laudes sin fin al Hacedor supremo,  
que os dió por vestimenta  
esas plumas sedosas, lindos remos,  
con que cortáis alegres el airoso  
espacio en rauda vuelo.

Alabad al Señor que generoso  
sobre la mesa del erial desierto

os provee de innúmeras semillas  
y múltiples insectos.—  
A la voz de Francisco en bullicioso  
y rápido aleteo  
mueven las cabecitas y parleras  
sus picos entreabriendo,  
ya responden que sí, ya le suplican  
que del Padre común, que está en el cielo,  
les hable muchas cosas...  
y diciéndole así, baten el vuelo  
al rededor del Santo, a cuyas plantas  
forman variadas líneas en silencio  
agitando sus alas y esperando  
que prosiga el sermón:—Privilegiadas  
criaturas de Dios, de tierra y cielo  
sois libres dueñas, sin que nada pueda  
trabas poner a vuestro leve cuerpo,  
cual la luz y la voz en el espacio,  
amigas de los céfiros:  
benedicid al Señor, mis hermanitas,  
y remontad el vuelo  
pregonando de Dios las maravillas  
en armonioso coro vocinglero.—

---

Los pajarillos baten sus alitas  
rozando el lacio ruedo  
del áspero sayal, color de alondra,  
del dulce Poverello,  
que acariciando las sedosas plumas  
de variado matiz, va bendiciendo  
a los distintos grupos, que en bandadas  
alzan trinando los plumosos cuellos.

Y de ternura y gozo todo henchido  
al despedirlas, como en justo premio  
traza en los aires una cruz solemne,  
    que por los cuatro vientos  
    hendiendo el horizonte,  
a cada grupo marca el derrotero  
que ha de seguir, y al punto entre mil trinos  
    los pájaros ligeros  
en cuatro bandas lánzanse. Francisco  
arrobado contempla el raudo vuelo;  
y al hincarse de hinojos, oye pasos  
de sigiloso andar... es Fray Maseo:  
quien, al llegar del cerro a la ladera,  
    escudriña el secreto  
    del varón endiosado,  
y luego exclama con devoto acento:  
“Abrid, Señor, mis labios”—“y mi boca”,  
    Francisco respondiendo,  
“pregonará tus alabanzas”.—Padre,  
a riesgo aún de suspender el rezo,  
decidme por favor qué significa  
    ese cruzado vuelo,  
con que he visto eortar el horizonte  
    por cuatro derroteros  
a tanto pajarillo.—¡Oh, hermano mío!  
    amado Fray Maseo,  
    de Dios es dulce areano,  
del porvenir simbólico misterio.  
Los que en la Iglesia somos los menores,  
    en número creciendo  
llenaremos del mundo los confines  
    por ambos hemisferios,

cual las aves cruzando las campiñas  
 de mil extraños suelos,  
 en la paterna provisión divina  
 siempre los ojos puestos.  
 Dejemos, pues, las dulces soledades  
 de este amable desierto,  
 y, palomas de Cristo mensajeras,  
 al poblado bajemos.—  
 —Mas ¿cómo, Padre, de las varias rutas,  
 marcadas por los pájaros, sabremos  
 cuál es la señalada  
 por el Señor al ministerio nuestro?—  
 —Echate a andar sin más por esa senda,  
 y allí en aquel encuentro  
 de tres caminos, sobre tus talones  
 andando al retortero,  
 el rumbo encontrarás de nuestro viaje.—  
 Y Fray Maseo al punto obedeciendo  
 con perfecta alegría,  
 dase al extraño juego  
 del rápido girar sobre sus plantas  
 hasta que su Maestro  
 le dice basta:—Basta, hermano mío,  
 y toma aquel sendero,  
 que ante tu frente se abre, que esa vía  
 es el rumbo secreto  
 del Angel del Señor: marcha adelante.—  
 Y marcha Fray Maseo.  
 —¿Por qué este hombre de Dios tan simplecillo  
 se muestra a la sazón? ¿por qué misterio  
 me trata a lo chiquillo?—en lo recóndito  
 de su conciencia exclama Fray Maseo.

—Mas ¿qué te importa a ti?—replica al punto  
todo confuso y trémulo  
su humilde corazón—¿no es por ventura

Francisco tu maestro?—

—Afinca en esa idea, Hermano mío,—  
por lumbre divinal Francisco viendo  
el secreto pensar del religioso,  
dícele:—y mira, mira, Fray Maseo,  
¡cómo viene por todos los caminos  
muchedumbre de gente a nuestro encuentro!—

---

Y Fray Maseo alzando su mirada  
fervoroso y contento  
ve de los pueblos multitud compacta  
invadir los senderos  
en busca de Francisco, y rodearle  
entre aplausos y vítores, acentos  
de santa admiración y regocijo  
y devoto ardimiento.  
Entusiasmada la piadosa turba  
toea el sayal grosero  
del Santo Pobrecillo, y fervorosa  
cubre de ardientes besos  
sus manos y sus pies, y no contenta,  
póstrase humilde en santo acatamiento.  
Fray Maseo lo observa, y ve a Francisco,  
que manso y dulce a todos bendiciendo,  
acepta el homenaje  
del fervoroso pueblo.

---

Echa la noche por los tibios valles  
su oscuro y denso velo,

y con las aves, que a sus nidos vuelven,  
va tornando a sus pueblos  
la multitud devota, aunque indecisa  
no sabe al fin en su ferviente anhelo,  
si quedarse en sus casas  
o de Francisco ir en seguimiento.  
Bendíceles el Santo, y en los aires  
resuenan mil acentos  
alabando al Señor por admirable  
en su humilde y fiel siervo.

---

Contemplando la escena  
está extrañado el bueno Fray Maseo;  
y apenas queda solo,  
se acerca a su Maestro:  
—y ¿por qué a tí, Francisco, por qué, Padre,  
a tí con tanto anhelo?—  
—¿Qué me quieres decir, Hermano mío?  
—Que por qué en pos de tí va el mundo entero?  
¿por qué corre hacia tí el pueblo todo,  
y ansía verte y escuchar tu acento?  
No hay gallardía, ni belleza rara  
en tu menguado cuerpo,  
no resplandece en tu palabra ingenua  
el resplandor del genio,  
no eres sabio, ni noble, ni posees  
nada que al mundo te haga valedero.  
¿De dónde viene, pues, que todo el mundo  
siga tus pasos, copie tus ejemplos?—  
Embargado de gozo el Pobrecillo  
siente inundado el pecho  
de un torrente de luz que le trasporta

en alas del Espíritu hasta el cielo,  
donde ve a Dios con la mirada puesta  
en los pobres mortales, y volviendo  
en sí del rapto, se arrodilla humilde  
himno entonando de alabanzas lleno  
con gran fervor de espíritu, y exclama:

—¡Oh, Hermano Fray Maseo!  
¿Quieres saber por qué a este pobrecillo,  
a mí simple e inepto,  
acude el mundo, e incansable viene  
en pos de mí siguiendo?  
No vieron nunca los divinos ojos  
en todo el universo  
hombre más vil que yo, ni ser alguno  
más digno de desprecio,  
ni pecador más grande, ni criatura  
más incapaz y mísera, por eso  
Dios me ha elegido para hacer al mundo  
estentación visible de su inmenso  
poder y amor; que nada es la hermosura,  
ni la nobleza, ni el sutil ingenio  
ante el Señor, y todo honor y gloria  
débesele a El solo por entero.—

---

Con honda admiración y regocijo  
oyóle Fray Maseo,  
y todo conmovido recordando  
de tan humildes frases los conceptos,  
encaminóse solo,  
en lágrimas deshecho  
a meditar la alteza  
de la obra del Señor en su fiel siervo.

Entre tanto Francisco  
en arrobado ensueño  
contempla de la Cruz el alta ciencia  
esculpida en sus miembros,  
imagen viva de la acción sublime,  
de la humildad y del amor engendro.  
Y el que se precia de instrumento inútil  
de Cristo, queda hecho  
trasunto portentoso,  
que cual pulido espejo  
hace entrever al vivo la hermosura,  
la ciencia y el poder del Rey del cielo.

---



**“EL MISIONERO”**

Miradle, ya marcha: su heróica frente,  
que blando acaricia del bosque el ambiente,  
irradia fe y paz.

De amores divinos luz alma en sus ojos,  
que un día fluyeron ardientes despojos,  
refleja vivaz.

---

Su abierto semblante ternura derrama,  
al pobre y al huérfano de sí en torno llama  
con fuerza y dulzor.

Su pecho apostólico de celo palpita  
buscando a las almas, que mueve e incita  
de Cristo al amor.

---

Miradle, ya avanza: miradle, ligero  
se lanza anhelante por arduo sendero  
con noble pasión:  
no esquiva medroso la fiera que ruje,  
ni menos le espanta la astucia y empuje  
de indiana región.

---

Del suelo paterno y hogar olvidado,  
gual mártir de anhelo valiente soldado,  
ya en pos de la Cruz.

Doquiera que pasa señala sus huellas  
con hondos vestigios y ráfagas bellas  
de amor y de luz.

---

En mano nudoso bastón, el breviario,  
la Cruz y a la cuerda ceñido el rosario  
que reza al andar,  
con pobres sandalias y un hábito rudo  
extensas campiñas, cual Cristo desnudo,  
se apresta a cruzar.

---

Sin malla, ni acero, sin pan, sin bagaje,  
volando va en busca del pobre salvaje  
con tanta ambición;  
cual puede anhelante la intrépida suerte  
en pos ir del oro a riesgos de muerte  
con ciega pasión.

---

Por bosques sombríos al par que se interna,  
quizás rinde incierto su frente y prosterna  
pidiendo valor;  
mas óycle el cielo; y al duro combate  
dispuesto el apóstol, ya nada le abate,  
ni entibia su ardor.

---

Traspasa volando la ardiente llanura,  
no teme avanzando de negra espesura  
por selvas entrar:  
llamando va al indio por campos incultos,  
y a veces vaeila de ranchos ocultos  
la huella al buscar.

---

Mas viendo de lejos al indio, que rudo  
con arco a la espalda y el dardo sañudo  
    infunde terror;  
su alma ardorosa se enciende, se agita,  
e hirviente en su pecho la sangre palpita  
    de gozo y de amor.

---

Y marcha venciendo jarales y peñas,  
trepando sonriente las ásperas breñas,  
    que estorban su pie.  
Y al fin trasponiendo gigánteo monte,  
contempla gozoso tendido horizonte  
    do siembre la fé.

---

¡Con qué regocijo ve ya el misionero  
de tribus ocultas el obvio sendero,  
    con qué dulce afán!  
Cual goza el labriego mirando sus mieses,  
cual viendo los frutos que ofrecen sus reses,  
    se alegra el gañán.

---

De amor y fe ansioso le acoge en su seno  
sus plantas besando de júbilo lleno  
    el pueblo indio infiel:  
los valles sonríen, los montes se agitan,  
las tribus y aldeas de gozo palpitan  
    y corren trás él.

---

Y amante el apóstol, solícito avanza  
por chozas y ranchos cruzando, y se lanza  
    del pobre indio en pos:

Del cielo le muestra la senda ignorada;  
estrecha en sus brazos la oveja extraviada  
y guíala a Dios.

---

Si ingrato se aleja, ligero le sigue;  
afable le llama le insta y persigue,  
le obliga a escuchar.

Y al punto en su pecho del Dios ignorado  
la santa doctrina y el germen sagrado  
se esfuerza en sembrar.

---

Con dulces palabras de amor y consuelo  
enciende a los indios en ansias del cielo,  
do está su porción.

Y a veces cantando, de acorde instrumento  
mil notas arranca de risa y contento  
en tierna expansión.

---

Si escuchan sus voces y atienden ¡cuál goza!  
celoso al momento sus muebles y choza  
se afana en labrar.

Y alegre en su cima la Cruz enarbola,  
la Cruz sacrosanta ¡la Cruz! arma sola,  
que le hace triunfar.

---

Allí le refieren sus cuitas y males,  
y él ¡ah respirando bondad, paternas  
consejos les da.

Sin nunca enojarse, si encuentra dureza,  
sin ver de sí en torno con pena y tristeza  
lo sólo que está.

---

Maestro, abogado jüez, sacerdote,  
no huye o desdeña la pala o picote  
de diestro peón;  
ya grave se impone, ya humilde se abaja,  
ya mide la tierra y ansioso trabaja  
con celo y pasión.

---

Los dóciles indios le ven admirados,  
sus órdenes cumplen y atacan postrados,  
se humillan ante él.  
Y al sacro bautismo rindiendo las frentes  
por célico encanto, son ya nuevas gentes,  
son ya un pueblo fiel.

---

Gozoso él entonces, levanta su tienda,  
al Dios de los cielos tan sólo encomienda  
confiado su grey.  
Y alegre buscando otras tribus, les lleva  
del santo Evangelio, del cielo la nueva,  
de Cristo la ley.

---

Traspasa montañas y valles umbríos,  
con firme denuedo vadea los ríos,  
que nadie sondeó.  
Audaz desafía desiertos, llanuras,  
se interna entre pampas, recorre espesuras,  
que nadie cruzó.

---

Jamás ante el riesgo su huella ha temblado,  
jamás por temores su mente ha soñado,  
volver hacia atrás.  
En Dios solo piensa y humilde confía

que en trono de gloria feliz algún día  
habrá un mártir más.

---

Y al fin llega el día que rápida flecha  
de un indio salvaje volar ve derecha  
su seno a partir.

Y alzando sus ojos, do brilla la llama  
de amores divinos: “¡Oh Dios mío!—exclama  
a Tí quiero ir”.

---

Mas ántes recibe benigno mi vida,  
que en dulce holocausto la tengo ofrecida,  
¡Oh dulce Señor!  
por este tu pueblo que un día pagano  
e inculto me diste, y ahora cristiano  
tuyo es por amor.

## II

Salud ¡oh Mártir! purpúrea rosa  
de la corona del Redentor:  
salud ¡oh Apóstol! palma gloriosa  
te sea dada, flor olorosa  
de ocultos valles ¡eterno loor!

---

No fríos mármoles a los mortales  
ya tus cenizas ocultarán;  
que en esos campos primaverales  
dispersas yacen entre brezales,  
que coros de ángeles velando están.

---

Salve, de Cristo don soberano,  
de su amor santo hostia y altar:

trayendo un lirio, fresco, lozano,  
para ponerlo mi torpe mano  
sobre tu huesa, véngote a honrar.

---

Nada más tengo que mi indignancia,  
de pobre ingenio la cortedad,  
no oro, ni lustre, ni arte, ni ciencia,  
solo un destello de mi conciencia  
para ensalzarte, para cantar.

---

De fuerte mártir, de apóstol santo  
ciñes la auréola de eterno don:  
entre mil loores oye mi canto  
que al cielo elevo con dulce encanto,  
ardiendo en fuego de emulación.

---

Feliz, o Mártir, feliz mil veces  
hoy te celebra mi amor filial:  
tu sangre heroica tanto engrandeces,  
que en esos campos que así enrojeces,  
cual flor te elevas sobre un erial.

---

En las regiones del indio fiero.  
ganas la meta con noble ardid,  
hallando al punto breve sendero  
de cien heridas por el reguero...  
¡Digna corona de tanta lid!

---

Hostil el mundo te brindó en manto  
de pompa vana mentida flor:  
mas despreciando su necio encanto,

vences su astucia: y él entre tanto  
llora impotente su odio y rencor.

---

Y esa flor vana, que ayer traidora  
fascinar quiso tu corazón,  
hoy trás los rayos de breve aurora  
triste muriendo, ya se se evapora...  
mientras tú logras eternal don.

---

Madre bendita, puerta del cielo  
¿quién tales héroes en Tí engendró?  
Iglesia santa, mi único anhelo  
surcar los mares al rico suelo,  
do tanto heroísmo por ti brotó.

---

Yo de Francisco la cuerda ciño,  
ella es de mi alma firme sostén,  
mi fe e inocencia guarda de niño;  
con ella, oh Madre de mi cariño,  
subir espero puro al Edén. .

---

Mas antes, Madre, antes quisiera  
la sangre toda por tí verter;  
y esta mi vida pasarla entera,  
buscando al indio que en la pradera  
desnudo corre sin Dios, ni fe.

---

Y aunque me quiera del elemento  
la furia horrenda despedazar,  
y aunque el rugido sordo del viento  
corra parejas con mi ardimiento...  
¡todo peligro quiero arrostrar!

Y aunque el salvaje mil lazos me arme,  
y dardo en mano persiga en pos,  
y con sus gritos rudos me alarme,  
de mi fé pura ni un solo adarme  
padrá arrancarme, teniendo a Dios.

---

Iglesia santa, de Cristo Esposa  
guarda en tu seno mi corazón:  
por tantos mártires mi voz llorosa  
oye y por ellos, Madre piadosa,  
la palma dame de salvación.

---



## MI IDEAL

---

### I

Celebro una Mujer: una tan sola,  
cuya pura beldad es embeleso  
del mismo Dios que para sí crióla;  
desde mi infancia la sentí en el beso  
de otra mujer, cuyo recuerdo inmola  
mi amor filial en santo y tierno acceso  
a Aquella sola, que de Dios encanto  
objeto es sola de mi pobre canto.

---

Entre las flores de mi edad primera,  
cual celestial aparición radiante  
de amor y luz, sobre gentil pradera  
vi aparecer su plácido semblante,  
la vi inclinarse, en sueños, placentera  
sobre mi alma, y desde aquel instante  
fué el ideal de mi placer y gloria,  
fué el objeto feliz de mi memoria.

---

Y a mis ojos lucieron con encanto  
los primeros albores de la vida;  
perseguí una ilusión: pero Ella en tanto  
presentóse ante mí de amor henchida;

corrí anhelante por besar su manto,  
y oí una voz que en son de despedida  
dijo a mi corazón: “Del mundo, niño,  
huye, verás cuán grande es mi cariño”.

---

Y fué feliz cuando la voz siguiendo  
ceñí el sayal del pobre Capuchino:  
fuí más feliz, cuando de amor sintiendo  
el fuego santo, ante mis ojos vino  
sonriente a lucir, del cielo hendiendo  
brillante nube, el sueño peregrino.  
No fué ya sueño: la ilusión querida  
vino a alumbrar los pasos de mi vida.

---

Aquella voz que murmuró a mi oído,  
más dulce a mí que música harmoniosa,  
aquella hermosa aparición que ha sido  
risueña imagen de jazmín y rosa,  
aquel dulce ideal en que embebido  
soñé pasar la vida tormentosa,  
vuélvenme a sonreír: y así yo canto  
a la Virgen sin mancha, que es mi encanto.

---

Y ¡cómo nó! Si Cristo nos convida  
por la infalible voz de su Vicario  
a celebrar en fiesta enaltecida  
de su Madre el agosto aniversario;  
si suena el canto de ovación y vida  
desde las altas naves del santuario;  
si ¡Inmaculada! el ángel desde el cielo  
grita, y la aclama alborozado el suelo.

---

Más ¿qué haré al fin, si efímeras y vanas  
las flores son de humana poesía?  
¿No ofreceré a las plantas soberanas  
de la Virgen mis versos noche y día?  
¿No cantaré, aunque con voces llanas,  
la Concepción sin mancha de María?...  
Y ¿quién mejor que humilde Religioso  
a la que es Reina del Amor Hermoso?

## II

Mi inspiración en su volar ligero  
a tus plantas rindiendo el arpa mía,  
tu pura Concepción que cante quiero  
con voz sonora y dulce melodía:  
quiero que tuyo mi cantar sincero  
brille cual tuyo al esplendor del día.  
Pobre es: mas ¡ah! en mi natal pobreza  
brote de tí del arte la belleza.

---

Antes que el sol su carro diamantino  
veloz moviese en el rosado oriente,  
tu ser ¡oh Virgen! del poder divino  
agotaba la fuerza omnipotente,  
ligando en tí con inmortal destino  
lo más grandioso que formó su mente:  
y tan bella al salir en tu hermosura  
eres de Dios la excelsa criatura.

---

Tu ser reúne en misterioso lazo  
cuanto de bueno encierra el orbe junto,  
que ni de Dios el poderoso brazo

puede crear más célico trasunto:  
Así admiramos en estrecho abrazo  
ángeles y hombres tu feliz conjunto,  
pregonando que Dios omnipotente  
en ti vació su inagotable fuente.

---

El te creó más pura y más divina  
que cuanto puro Querubín glorioso  
fuera de Dios comprende e imagina.  
Ni corazón, ni esfuerzo poderoso  
puede alcanzar donde tu ser termina:  
¡punto inefable, excelso, esplendoroso!  
¡Ah! ¡quién te viera en atrevido vuelo  
cual te vió Juan desde el oscuro suelo!

---

Sobre nítidas nubes apareces  
la cabeza de estrellas coronada,  
del sol vestida, con perpetuas creces  
bajo tus pies la luna plateada,  
y entre coros de Arcángeles te meces  
cerca del trono del Señor sentada.  
¿Puede subir a tan sublime altura,  
donde tú estás, humana criatura?

---

¿No eres hija del hombre?... confundida  
¿no te vió Dios en el primer pecado?  
¿no te mordió la sierpe maldecida  
cuando tu ser al mundo fué creado?...  
No: El te salvó de la común caída  
antes de ser el orbe modelado.  
Presidió a todo tu inmortal destino

con el Verbo de Dios que al mundo vino.

---

Triunfó Luzbel del hombre delincente,  
rugió de gozo al contemplar su hazaña.  
irguió altanero su abatida frente,  
lanzóse audaz con implacable saña  
a la lucha con Dios: mas de repente,  
cual sale el sol detrás de la montaña,  
apareciste tú, Virgen sagrada,  
y su cerviz dejaste quebrantada.

---

Inefable sonrisa de dulzura  
brilló en la faz del Todopoderoso:  
tu sér contempla y a la vez murmura  
desde el trono del cielo esplendoroso:  
“¡No hay mancha en tí, tu Concepción es pura!”  
Y al escuchar el grito victorioso,  
se estremeció la tierra alborozada,  
y te aclamó por siempre **inmaculada**.

---

Y al repetir este sagrado grito  
entre nubes de gloria los mortales,  
quedó en los Hijos de Francisco escrito:  
que al derramarlo en líricos raudales  
desde la tierra al límite infinito,  
ceñéronse de lauros inmortales,  
que coronando su brillante historia,  
es el blasón más grande de su gloria.

---

También yo quiero a esa real corona  
ceñir la flor que ofrece mi pobreza;

nada es el don al alma que ambiciona  
dar al mundo pregón de tu grandeza;  
nada el mismo arte al pecho que blasona  
cantar tus glorias de inmortal' belleza.  
Nada es: mas oye el cántico de gloria  
con que hoy celebro tu triunfal victoria.

---

Cuando a tí miro y torno el pensamiento  
a contemplar del mundo la hermosura,  
el aura suave, el murmurar del viento,  
las vagas nieblas de la noche oscura,  
los astros mil del ancho firmamento,  
su inmensa, azul, fulgente vestidura  
son para mí raudal de poesía,  
qué me inspiran mil versos, oh María.

---

Tanta es, oh Virgen, tu belleza es tanta,  
que el mismo sol desde el rosado oriente,  
cuando su curso en majestad levanta,  
va mendigando rayos a tu frente,  
y busca en pos tu inmaculada planta  
la hermosa luna para ser luciente  
peana a tus pies, y todas las estrellas  
quieren seguir tus divinales huéllas.

---

Copian de tí los místicos vergeles  
su amenidad, las perfumadas flores  
de tí matizan lirios y claveles;  
mariposas, abejas, ruiseñores,  
ora liban tus néctares y mieles,  
ora cantando tu beldad y amores

con no aprendidos sonos, a porfía  
tu Concepción ensalzan, oh María.

---

El aura imita tu apacible acento,  
las flores mil tu nítida hermosura,  
las estrellas del alto firmamento  
matices son de tu mirada pura,  
de tu manto imperial es ornamento  
del cielo azul la tersa vestidura,  
de tí el alba tomó sus tintes rojos  
en un mirar de tus celestes ojos.

---

¿Qué canto yo? La creación entera  
no es bella aún ni para orlar tu manto;  
sería acaso, si lograr pudiera  
rayo de luz de tu divino encanto.  
No sé cantar: mas si cantar supiera,  
diría al mundo en elevado canto  
tu belleza inmortal: pero oye, mira,  
quiero cantar, porque tu amor me inspira.

---

Quiero cantar: a Tí Vergel cerrado,  
donde brotó radiante de dulzura  
de los Cantares el Esposo amado;  
que al tomar de tu seno la hermosura  
de mortales arreos ataviado,  
vestida te dejó de su hermosura,  
inundóte de gracias, y fecunda  
Virgen y Madre te hizo sin segunda.

---

A Tí Ciprés, Espejo, clara fuente  
maná de Dios, sustento de su vida,  
palacio augusto, imagen esplendente  
de su virtud, amada y elegida  
entre millares, astro, sol luciente,  
que iluminas la senda oscurecida  
de este valle de lágrimas, cercado  
de escollos mil y espinas crizado.

---

A Tí, de Dios celeste Tesorera,  
del Sol divino rutilante Aurora,  
para el culpable augusta Medianera,  
iris de paz para el que triste llora,  
del sacro Corazón dulce Portera,  
cámara breve do el Inmenso mora,  
lazo de unión del nuevo testamento,  
de la Iglesia columna y fundamento.

---

A Tí, Zarza de Horeb, blanca azucena,  
Rosa de Jericó, fragante viola,  
lirio entre espinas, mística verbena,  
encendido clavel, cuya corola  
se abre gentil de perfecciones llena,  
esbelto girasol, que tornasola  
siempre en su Dios con el semblante fijo  
la hermosura infinita de su Hijo.

---

.....  
Dije en mi amor: a celebrar me ciño  
tu Inmaculada con la Iglesia entera:  
y recordando al par en mi cariño

la blanca imagen de mi edad primera,  
los dulces besos y el amor de niño.  
quise cantar en expresión sincera  
tus grandezas, oh Reina soberana,  
sin arte alguno, mas con fe cristiana.

---

NOTA.—Esta Poesía compuesta con motivo del quincuagésimo aniversario de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, fué declamada por el R. P. Víctor de Legarda, O. M. Cap., en una solemne velada literaria, celebrada en el Convento de los P. P. Capuchinos de Pamplona.

---

## ROMANCE

A mi madre ausente

### I

Al tiempo que el sol extiende  
su rayo fecundo al alba,  
y pinta en diáfano aljófár  
perlas que engendran las ramas,  
derramando en cielo y tierra  
el sosiego y dulce calma,  
que en las alegres campiñas  
se aspira por las mañanas,  
misterioso sentimiento,  
invadiendo mis entrañas,  
me deja todo embebido  
en celeste ensueño de hadas.  
No sé como así me anega  
entre sombra y luz extrañas,  
pero sí veo que activo  
se apodera de mi alma,  
que su imagen hechicera  
sello de fuego en mí graba,  
y mi pecho purífica  
y lo enciende en vivas llamas.  
¿Será que el cielo benigno  
dulce influjo en mí derrama?  
¿o enigma, o misterio o sueño,  
cubierto de tenue gasa,

que, agitándose en el aire,  
me atrae en dulce esperanza?  
¿o lampo que resplandece  
en súbita llamarada,  
y con su luz me fascina  
y cual señuelo me arrastra?  
¿Es numen que poderoso  
las cuerdas pulsa de mi alma?  
No es luz, ni ilusión, ni sueño,  
ni numen, ni cosa extraña:  
es de una madre amorosa  
la imagen dulce, adorada;  
dulce imagen, que al reflejo  
de su luz en mis entrañas,  
dilatándose cual foco,  
amor ferviente en mi estampa.  
Esa idolatrada imagen,  
ese pedazo de mi alma,  
en suaves modulaciones  
en mi pecho vibra y canta;  
por eso, no frágil lengua,  
sino amor de hijo es quien habla

Celebren manos artistas  
en cítaras acordadas  
mil bellezas seductoras,  
que inspira musa agraciada:  
canten olorosas flores,  
que el fresco ambiente embalsaman,  
y en versos mil hechiceros  
alaben beldades vanas:  
que yo, madre, de tu amor  
celebraré con voz llana  
los trabajos, los desvelos,  
tus siempre incansables ansias.  
¡Cuánto diera que mi lengua  
en serafín trasformada  
cantase de tus deseos  
las veladoras miradas!

;Cuánto que celeste artista  
todo mi ser agitara  
trocando en cuerdas de amor  
todas las cuerdas de mi alma!  
;Cuánto que en limpio crisol  
mis labios purificara;  
y que todos mis afectos  
lenguas finas se tornarán!  
Pero si esto no es posible,  
tu bondad supla mis faltas,  
y sigue escuchando, madre,  
el tierno canto de mi alma.

## II

El ave que en la espesura  
de montes y valles canta,  
de su amante compañera  
llora la ausencia, porque ama.  
Los besos con que una madre  
a su dulce amor regala,  
vuélvele con mil caricias  
el pequeñuelo, porque ama.  
Las memorias de un amigo  
con pluma sencilla dadas  
son de cariño señales,  
en que se goza, porque ama.  
Y este dulce sentimiento,  
que se desborda de mi alma  
volando hasta el santo hogar,  
do tu vives, madre amada,  
¿no es firme prueba de amor  
de este tu hijuelo, porque ama?  
Este amor, flor de los cielos,  
lo difícil y arduo allana,  
y en vivo fuego convierte  
la más fría nieve helada.  
En su extensión y grandeza  
parece sombra con alas,

que tanto más cuerpo toma  
cuanto está más apartada.  
Es en lo puro y sencillo  
amor de inocente infancia,  
y en lo suave y delicioso  
nube bienhechora y santa  
de grato, oloroso incienso,  
que centellea ante el ara.  
Dócil siempre a tus desvelos  
y a tus santas enseñanzas,  
de tu voz al suave acento  
fiel se derrite y ablanda,  
cual suele obediente cera  
consumirse entre las ascuas,  
y cual en carteles finos  
su imagen el sello graba.  
En él tu bondad inmensa  
que la luz veo más clara:  
dirás ¿si antes lo veía?  
siempre, madre, lo observaba:  
que el amor intenso y puro  
es perspicaz y poco habla.  
De mi pecho en lo profundo  
siempre tendrá su morada,  
y jamás podrá arrancármelo  
el tiempo que todo arrastra.  
Quiero aclarar lo que siento,  
pero mi acento desmaya  
y en su porfiada lucha  
se queda sin decir nada.  
Hago un esfuerzo supremo,  
y al decirte: ¿cual te ama  
mi pecho! la voz expira  
y anúdase a mi garganta.  
Desisto, pues, en mi empeño  
de expresarme con palabras,  
porque a cantar mis afectos  
ni voces, ni letras bastan.



## LOS BEATOS AGATANGELO Y CASIANO

### Mártires capuchinos

Ya declina la tarde: ya a su ocaso  
en majestuoso paso  
de Africa el sol con lentitud camina;  
de su fulgor los últimos reflejos  
iluminan de lejos  
la alta planicie de aérea colina.

Maniatados sobre ella están de hinojos,  
levantados los ojos,  
en ferviente oración dos Capuchinos,  
cuyo amor crece en férvida esperanza,  
a medida que avanza  
el sol a hundir sus rayos purpurinos.

En torno están allí fieros sayones  
con grillos y prisiones  
para atar a los santos Misioneros,  
que, al cruel espectáculo abstraídos  
el alma y los sentidos,  
ofréncense a morir mansos corderos.

Sordo ruido de pronto se derrama,  
cual si hervorosa llama,

de la selva prendiendo en la espesura,  
avanzara en el viento mugidora  
    volando asoladora  
del hondo valle a la enriscada altura.

Así el rumor creciendo de la plebe,  
    que grita y pide aleve  
la pronta ejecución de los dos reos,  
asciende a oídos del cruel tirano,  
    que decide inhumano  
satisfacer del pueblo los deseos.

El verdugo a su voz con ruda planta  
    sañudo se adelanta,  
y ase feroz de un santo Misionero;  
al que, arrastrando por la ardiente arena,  
    echa gruesa cadena,  
del suplicio mostrándole el madero.

En tanto otro sayón con iracundo  
    rostro coge al segundo,  
amárrale feroz con duros lazos;  
y arrojándole a bruseos empellones  
    deja hecho mil girones  
el monacal vestido entre sus brazos.

La hora sonó del último suplicio:  
    el cruento sacrificio  
va a comenzar de los sagrados reos,  
que a Cristo ofrecen, luz de sus amores,  
    las penas, los rigores,  
del corazón los íntimos deseos.

Y cual laten de heróicos campeones  
los bravos corazones,  
cuando la lucha con furor estalla;  
así marchan los mártires armados,  
de Dios fieles soldados,  
del sacrificio al campo de batalla.

Con efusión los santos Misioneros  
abrazan los maderos,  
que a sus ojos en alto se levantan:  
los besan veces mil, de gozo llenos,  
y con rostros serenos  
miran los hierros, que al mortal espantan.

Ya los verdugos, del tirano esclavos,  
aparejan los clavos  
y las férreas argollas del tormento...  
Mas, cuando a alzar se aprestan a los fieles  
mártires, sin cordeles  
encuéntanse ¡oh furor! por el momento.

Los dos héroes, que miran con serena  
frente, la horrible escena,  
sonríense gozosos, y encendidos  
en el divino amor que los devora,  
bríندانles sin demora,  
la horca a suplir, sus míseros vestidos.

Y presentan al punto a los sayones  
los benditos cordones  
de sus hábitos rotos, y al momento

vense alzados del suelo con fiereza,  
atada la cabeza  
al nudoso madero del tormento.

No retuercen los mártires sus cuellos,  
ni mesan sus cabellos,  
cual malhechor en la postrer tortura.  
Solo tiene su amor un sentimiento,  
sus labios un acento,  
acento de perdón y de ternura.

—“¡Dulce Jesús! recibe nuestras almas,  
y danos ya las palmas,  
a que tu amor nos brinda desde el cielo...  
Mas de este pueblo otiópico extraviado,  
borra antes el pecado,  
y nos darás el último consuelo”.

Una hora transecurrió: de la alta cumbre  
con su postrera lumbre  
pálido el sol los montes ilumina;  
y al brillo suave que su luz derrama,  
célica, inmensa llama  
desde el cielo desciende a la colina.

Las almas de los mártires volaron,  
y allá solo dejaron  
sacros despojos de triunfal victoria.  
Lor sin fin a Agatángelo y Casiano  
tribute el labio humano:  
¡honor al mártir, al Señor la gloria!



## ¡CARNAVALES

Yo vi en los campos de Babel impía,  
En voluptuosa orgía  
Los placeres cantar de inmunda diosa,  
Vi desbordarse de su torpe seno,  
Rompiendo todo freno,  
Llamas impuras entre turba ociosa.

---

De arpa lasciva al compasado acento,  
Ménades sin cuento  
Vi retozar en bacanal inmundo;  
Y allá estampada la redonda huella  
Del que sigue la estrella  
De las ruines pasiones de este mundo.

---

Allá escuché de pompa engalanadas,  
En mágicas tonadas  
¡Necios! cantar impúdicos amores;  
Y entre el vértigo horrible de sus danzas,  
Las eternas venganzas  
Vi descender sobre sus negras flores.

---

Y al padre vi de la procaz mentira,  
Que allá en su trono gira  
Tendiendo audaz la red del sensualismo,

Que hundiéndolos del crimen en el fango,  
Al son de alegre tango  
Los va enpujando al infernal abismo.

---

Miserables y ciegos, a su lado  
No ven entronizado  
Al tirano cruel que los embota;  
No ven la mano del placer airada,  
Que cruge descargada  
Sobre el esclavo, en cuyo pecho brota.

---

Y enloquecida sin temor, ni trabas  
En sus pasiones bravas,  
Que alzan cabeza en el humano pecho,  
Música haciendo de maldad, se agita  
La chusma vil, y grita,  
Grita danzando con febril despecho.

---

Y amarrados y envueltos, cual de umbrío  
Bosque, en furor bravío,  
De los robles las hojas desprendidas  
En círculos se mecen; tal sin tiento  
Saltan con pie violento,  
Por Belcebú sus plantas impelidas.

---

¡Saltan! y el diablo asorda en sus clamores,  
Cubriéndolos de flores  
De la conciencia el alarmante grito;  
Y ellos sin tasa a sus instintos fieros  
Arrójanse ligeros  
Para calmar la sed del apetito.

---

Furia infernal entre sus brazos prende,  
Que agítase y enciende  
Al siniestro fulgor del bailoteo ;  
Cuya influencia al recibir, se altera  
La multitud rastrera  
Con el furor que aumenta el devaneo.

---

Nadie se entiende yá: con mano ardiente  
Suelta el disfraz la gente,  
Corriendo a dar en lamentable exceso ;  
Cuando de pronto en la infernal balumba  
Ví abrirse negra tumba  
Del crimen vil al sanguinoso peso.

---

Lo ví y grité; pero mi ronco grito,  
Cual piedra de granito  
Se hundió en las aguas de su turbio abismo.  
Tendí la mano aceleradamente  
Por ver si en el torrente  
De tanto horror cesaba el paroxismo:

---

Mas al verlos cantar en sus locuras  
Mil necias aventuras,  
Que el delirio forjaba en sus pasiones,  
Rompí el silencio de mi airado pecho,  
Y en lágrimas deshecho  
Alcé este grito en medio a sus salones:

---

¡Insensatos! corred: allá os espera,  
Al fin de la carrera,  
El Juez supremo, inexorable, santo,

En cuya mano oscila la balanza  
De la eterna venganza,  
Que presto fallará con duro espanto.

---

¡Ciegos! ¡No veis en tan audaz locura  
La horrible desventura  
Que a vuestra alma labráis en mala hora?  
¿Aún avanzáis furiosos y sin tino  
Corriendo el mal camino  
Del vicio ruin que el corazón devora?

---

¡Encenagaos, pues!!... hierro candente  
Del vicio en vuestra frente  
Marcará más el sello ignominioso  
De los hijos de Cam: no habrá allá huída:  
Vuestra liviana vida  
En contra gritará: ¡grito espantoso!!

---

Mortales ¡ay! mirad en vuestro daño:  
Que horrendo desengaño  
Vendrá muy presto a abrir a vuestros ojos  
La del cristiano inmensa desventura,  
Que siempre y siempre dura  
Siendo pasto de Dios a los enojos.

---

Entonces ¡ay! las férvidas pasiones  
En lóbregas prisiones  
Del abismo con grillos amarradas,  
Serán sin fin del rey de la mentira,  
Con ímpetu y con ira,  
Reprimidas a horribles tenazadas.

---



## HIJO DE REBELION

Al M. R. P. Ignacio de Pamplona.

Roto el eterno reposo,  
Dios en su alto poderío  
hace brotar del vacío  
prototipos de beldad:  
Y su Verbo omnipotente  
en los centros celestiales  
seres produce inmortales  
de divina caridad.

---

Y echando a nivel las bases  
de mares, tierras y vientos,  
do tengan firmes asientos  
en su curso natural;  
viste de espléndido manto  
las cerúleas mansiones,  
limitando sus regiones  
por la cumbre celestial.

---

Y cuando a su Autor divino  
obedeciendo natura,  
el movimiento inaugura  
en su punto cada ser;  
Satanás con sus secuaces

rompe la marcada valla,  
y en negra e impía batalla  
a Dios disputa el poder.

---

Mas al punto fulminado  
por la Justicia divina  
rueda en espantosa ruina  
de la celeste mansión,  
arrastrando en pos millares  
de estrellas más, que cayeron,  
y al abismo descendieron  
en volcánico montón.

---

La Suprema Omnipotencia  
de su presunción en pago,  
con justo, tremendo estrago  
al orco los arrojó.  
¡Triste, memorable ejemplo,  
que enseña a la criatura  
que su poder y hermosura  
de solo Dios recibió!

---

De Luzbel la audaz soberbia  
yace en el fondo sumida:  
mas ¡ay! de ella sin medida  
surgió a tierra la maldad.  
De ella engendróse el desorden,  
la criminal arrogancia,  
y en su impía exuberancia  
dió a luz **torpe libertad**:

---

Y al fulgor de negra tea,  
que da calor al malvado,  
creció, cual crece el pecado  
a la sombra del error.  
Y cuando estuvo nutrido

de su hechizo, alzó la puerta,  
y, como fiera despierta,  
saltó encendido en furor.

---

Fatal engendro del orco,  
del anticristo traslado,  
en el troquel modelado  
del alma de Satanás:  
apocalíptico monstruo,  
que con rabia de precito  
levanta la voz en grito,  
cantando al rudo compás.

---

De su furor y despecho:  
“Yo subiré a las estrellas,  
y pisaré con mis huellas  
el trono del Criador.  
¡No serviré! y esa Tiara,  
que la sien de Pedro ciñe,  
no sufriré que domiñe  
los destinos de mi honor”.

---

Dice el maldito: y volando  
va en su loco desvarío  
con gozo y placer impío  
moviendo guerra a la Fé.  
Y osado, pérfido, astuto  
recorre pueblos, naciones  
tremolando sus pendones  
con irritante desdén.

---

Ya cierne las negras alas  
por el tendido horizonte,  
llevando de uno a otro monte  
su decantada igualdad:  
y en tanto en el hondo valle

protege audaz monopolio,  
que viene a alzar en un solio  
la justicia y la impiedad.

---

Con malvada transigencia  
cubre de flores sus ojos,  
mientras ería mil abrojos  
en su duro corazón:  
y con cínico sarcasmo  
lanza contra el pueblo inerte  
fieras punzadas de muerte  
con fingida compasión.

---

Arrastrado por la astucia  
vencido cae el anciano,  
y el más cauto ciudadano  
vese rendido a sus pies.  
Y al empuje fascinante  
de su tiránico bando  
avanza fiero asolando  
con todo dando al través.

---

Tal nubarrón proceloso  
sacude en rauda carrera  
los senos de la ancha esfera  
con horrísono fragor:  
y desatando a los campos  
su lluvia y granizo rudo,  
tala con rigor sañudo  
cuanto encuentra al derredor.

---

No rico, dorado techo,  
ni humilde y pobre cabaña  
libre de su astucia y saña  
cabe sus plantas están;  
ni verse pueden seguros

al abrigo de su engaño,  
ni del impetuoso daño,  
que empuja con su huracán.

---

En él frío excepticismo  
la mente humana oscurece,  
y al alto genio odormece  
en letárgica inacción:  
y el más torpe sensualismo  
con funesto desenfreno  
hunde en asqueroso cieno  
la carne y el corazón.

---

¡O infernal Liberalismo!  
del mal solapado velo,  
fiera sacudiendo el suelo  
con instinto torvo audaz:  
¿A qué insultarnos cobarde  
tras el velo que te ampara,  
y urdir con pérfida cara  
guerra, pregonando paz?

---

Valor llamas al perjurio,  
dignidad a la venganza,  
a la punta de una lanza  
verdad, derecho y razón.  
Virtud santa al egoísmo,  
útil pasatiempo al vicio,  
cuando eres solo artificio,  
impostura y traición.

---

De lo justo haces parodia,  
toda ley sana rehuyes,  
y libre a todo, destruyes  
la noción de libertad.  
Infel remedas justicia,

ignorante finges ciencia,  
y el blanco de tu conciencia  
viene a ser la utilidad.

---

Así astuto cocodrilo  
de Libia en el suelo ardiente  
se arrastra por la vertiente  
con silencioso terror.  
Sus ojos clava en la víctima,  
dolor aparenta y llora....  
mientras la parte y devora  
con sanguinario furor.

---

Mientes, traidor: la mentira  
en tu aspecto se retrata,  
al par que el mal se dilata  
bajo tu funesta acción.  
¿Piensas acaso algún día,  
horrendo y feroz endriago,  
en las ruinas de tu estrago  
envolver la Religión?

---

En vano muerdes su planta:  
nunca lograrás sucumba  
Pedro, que en su misma tumba  
reconstruye su poder.  
Mas, ¡ay! tú, mientras que impío  
vas sobornando a la gente,  
¡no miras sobre tu frente  
maldición divina arder!

---

Ya de Miguel la ígnea espada  
cernerse en los aires veo  
contra tí, infernal Briareo,  
nefando engendro del mal.  
Blandidla ya, o santo Arcángel,

cual lleno de ardiente celo,  
la blandiste allá en el cielo  
contra el **primer liberal**.

---

Rompe, destroza, aniquila  
su altiva obstinada frente,  
vibra pronto el rayo ardiente  
de divina indignación.  
No quede rastro en el suelo  
de su maldita carrera:  
¡muera su reinado, muera  
bajo eterna execración!

---



## HIMNO

en honor de

SANTA JUANA DE ARCO

Ilustre mártir Terciaria de S. Francisco

Coro

Salve, salve, sublime doncella.  
De la Iglesia y la Patria esplendor,  
Sostened nuestro aliento en la lucha  
De la fe contra el siglo impostor.

Estrofas

I

En tus días lanzó el enemigo  
Sobre Francia temible legión,  
Y a su empuje violento opusiste  
Del arcángel el sacro pendón.

II

Tu pendón que al angélico acento  
En tu brazo prodigios obró,

Y al vencido ánimo en la derrota,  
Y a su sombra victoria alcanzó.

### III

Con la frente y mirada serena  
Y en tu pecho de Dios el amor,  
Te lanzaste a la lucha invocando  
A Jesús Capitán triunfador.

### IV

Y esa fé y ese amor del martirio  
Sobre el ara ante el mundo brilló,  
Alcanzando del cielo las palmas,  
Que a tu frente la Iglesia ciñó.

### V

Ya del cielo ostentando la enseña  
La doncella, de Francia adalid,  
Nos alienta entre nimbos de gloria  
A avanzar del cristiano en la lid.

### VI

¡Ea! ¡Sus! de la Cruz bajo el lema  
En compacto aguerrido escuadrón  
Tremolemos de Dios y la Patria,  
Como Juana, el sagrado pendón.

### VII

A la lid, fervorosos Terciarios,  
La batalla a librar del Señor,

A la lid, macabeos seráficos,  
A la lid con católico ardor

### VIII

Nada importa que en rabia encendido  
Mil combates concite Satán,  
Que del cielo embrazando el escudo  
nos protege la virgen de Orleáns.

### IX

Si el impío proclama en su encono  
Guerra eterna a la Iglesia de Dios,  
Cual la virgen de Francia volemos  
De Jesús a ponernos en pos.

### X

Y ostentando en el pecho la enseña  
De la Patria y católica fé,  
De la Iglesia corramos en torno  
De su roca a ponernos al pié.

### XI

Y del Padre de Roma ante el trono  
Confesemos su augosto poder;  
Que al mirarnos llegar, vacilante  
Desde el suyo caerá Lucifer.

### XII

No temamos entrar en la lucha,  
Fieles hijos de amor y de luz:

Que o la fé triunfará, o moriremos  
Cual valientes al pie de la Cruz.

### XIII

Presentemos los pechos briosos  
De la lid al violento fragor,  
Proclamando del bien la victoria  
Contra el siglo moderno y su error.

### XIV

No gigantes ni pechos altivos,  
Sino humildes, cual Juana, ostentad:  
Y cual ella, vereis algún día  
De la fé triünfar la verdad.

### XV

Y en la lucha titánica y fiera,  
Que libramos de Cristo en honor,  
Palma eterna en el trance supremo  
A su sien ceñirá el vencedor.

### Coral

Volad, volad, cristianos,  
Volad a la victoria  
Bajo el pendón de gloria  
De Juana de Orléáns;  
Pregona en su bandera  
La patria libertad;  
Lleva en su lema escrito:  
Fé, Paz y Caridad.

---

## A LA FLOR DEL CIELO

Rico en sus alas  
El blando céfiro  
Lleva el aroma  
De blanca flor;  
Y al llegar rápido  
Del monte al hueco  
Pliega las alas  
En son de amor.  
Al hondo valle  
Desciende y gira  
Bañando plácido  
Todo en su amor;  
Besa la arena,  
Quebrando el vuelo  
Entre el selvático  
Vago rumor.  
Y al blando estruendo  
Que va extendiéndose  
Grita: **del Cielo**  
**Gloria a la Flor.**  
Pisa la alfombra  
Del verde prado,  
Al agua y céspedes

Cuenta su amor;  
Y exclama prófugo  
Torciendo el paso:  
**Del alto Cielo**  
**Gloria a la Flor.**  
Rompe la valla  
De áspero risco,  
Do el aura hiérese,  
Dando un clamor;  
Y dulce y lánguido,  
Rotas las alas,  
Cabe un arroyo  
Murmura amor.  
Baña en el agua  
Su frente exánime,  
Se hunde en las olas  
Con pié veloz,  
Y entre los pliegues  
Del seno acuático  
Gime: **del Cielo**  
**Gloria a la Flor.**  
Leve su espíritu  
De muerte herido

Se ahoga, trinando  
Canto de amor,  
Que ninfa nápea  
Repite, al verle  
Morir: **del Cielo**  
**Gloria a la Flor.**  
Y en tanto el astro  
De hebras auríferas  
Seguía a Aurora  
Cual rey de amor,  
Siempre en pos de ella  
Flamante, lúcido  
Dando **del Cielo**  
**Gloria a la Flor.**  
Se enciende el valle

De su luz vívida,  
Y brilla el monte  
Con su fulgor:  
Y al despedirse  
Tras el crepúsculo  
Vierte su último  
Canto de amor;  
Que en su piquillo  
Sonoro pájaro  
Lo aspira y sorbe  
Con vivo ardor,  
Y hasta el leve héspero  
Sigue trinando:  
Del **Alto Cielo**  
**Gloria a la Flor.**



## A VUELA PLUMA

Quise cantar: y al corazón ardiente  
No logré, no, en líricos raudales  
Arrancar un pensamiento  
Que asaltó tenaz mi mente:  
Porque el arte más sublime,  
Aún cerniéndose en la cumbre  
De soñados ideales,  
Es muy pobre, muy trivial.  
Y aunque quiera el alma humana  
Con arranque y entereza  
Esculpir su afecto interno  
En artística expresión;  
Derramar vida en la idea  
Y sensible y palpitante  
Darle forma creadora  
Con la pluma o el pincel...  
¡Ay! no puede!  
Que belleza aún bien sentida  
Siempre cuesta darle vida  
Y sacarla bien a luz.  
Ya se pinta cual hermosa  
Luz que vaga, y... ¿dónde está?  
Ya es cual fuego que se agita

Dentro el pecho, y... ¿qué hace allá?  
Es cual nube que ya muere  
Y en celajes nace ya.  
Siempre hermosa, siempre viva  
En pos de ella el hombre va;  
Cual va siempre tras la dicha  
Fatigando a sus deseos,  
Y ella esquiva, voladora  
A su amor se oculta más.  
¿Es que el hombre va perdido  
A buscarla do no está,  
E insensato no la siente  
Que volando en torno va?  
¡Ay! la tierra es densa nube  
Que nos vela la hermosura  
De aquel cielo!!!...  
Y es la dicha sombra que huye,  
Humo denso  
Que se extiende en largas ondas  
Formando vago espiral.  
Cuerpo vano que, al tocarlo,  
En las manos se disipa  
Como cera derretida  
Al contacto del calor;  
Como espuma que hervorosa  
Bulle y gira tras la nave  
Que va hendiendo los cristales  
Espumosos de la mar;  
Como el ángel de los sueños,  
Que sonrío en lontananza  
Y da al alma soñadora

La esperanza  
De ver un día su faz.

Noble idea nace acaso  
En la mente del poeta,  
Cual en oasis del desierto  
Yergue el tallo planta hermosa  
De algún germen que arrastrara  
Impetuoso allá el simoun.  
Brotó, crece, sube, vuela  
Al impulso poderoso  
De halagüeña inspiración.  
Hiere el alma, la despierta,  
Le da dulce y grato son,  
La fascina con su encanto,  
Y en un punto al par derrama  
Luz y fuego al corazón.  
Mírala, ya quiere asirla;  
De ella ya va a dar en pos;  
Ya la tiene, la arrebató;  
Vé cumplido ya su afán...  
Mas ¡ay! que en las torpes manos  
Huye todo... y solo deja  
Ansia eterna que fatiga,  
Cierta anhelo indefinible  
Cual luz vaga, que oscilante,  
Se columbra  
Sobre densa oscuridad.  
Infeliz del que consume  
Su existencia asaz liviana  
En un perpetuo soñar.

¡Sursum corda! ¡vista al cielo!  
Tras los velos de este mundo  
Allá reina la Verdad.  
Mortales ¡al cielo, al cielo!  
Do se asienta entre querubes  
La Belleza sustancial.  
Do entre nubes de oro y grana,  
Descorido el blanco velo,  
Más que luz de la mañana  
Brilla y reina la Verdad.  
Mortales ¡al cielo, al cielo!  
Que allí solo está la dicha;  
Lo demás es... ¡vanidad!

---



## LEJOS DE SU PATRIA

---

### I

Yo ví pobre emigrante vagar, roto el vestido,  
con pasos descarriados en hambre y soledad;  
la ví a través del velo que en su aflicción ceñía...  
la ví gemir, llorar!

Paloma que extraviada con rápido aleteo  
va al campo atravesando, perdido el patrio hogar,  
errante infortunada, que en tierras peregrinas  
busca amistoso umbral.

Tallo en su flor cortado del huerto en donde ameno  
creció a los dulces besos del céfiro natal;  
que en vano es trasplantado para lucir sus galas  
en más rico solar.

La desdichada llama: mas nadie le responde:  
pregunta por su patria y huye a sus voces más:  
tras ella corre;—¡oh madre!...la alcanza, vuela a hablarle:  
mas... ¡pobre! sola está.

Desconsolada y triste queréllase ante el cielo,  
y en torno de sí propia consuelo quiere hallar;  
contémplase indecisa... y al verse sola exclama:  
¡oh Patria, ven aca!

¡Oh dulce Patria hermosa, madre del alma mía,  
¿do ocúltanse tus valles? tus montes ¿dónde están?  
¿no me respondes? dime: mi Dios reina de tu suelo,  
sin tí no puedo estar.

Montañas de mi valle, frondosas praderías  
de mi nativa aldea ¿do está mi dulce hogar?  
¿do el blanco caserío, la ermita bendecida,  
donde iba yo a rezar?

Mis ojos ya no miran la esbelta torrecilla  
llamando a mis hermanos con lenguas de metal:  
¡bendiga el cielo el día que a tu benigna sombra  
vuelva otra vez a orar!

Patria del alma mía, la de repuestos valles,  
de la leyenda antigua región tradicional,  
en cuyo seno duermen los manes de mis padres  
en misteriosa paz.

Perdóname si un día, tu santo amor burlando,  
ingrata fuí a tus ojos cansados de llorar.  
Perdóname si ilusa lanzóme a mil azares  
la sed de vil metal.

¡Oh dulce madre mía! llegar quiero a tus brazos,  
gozar quiero en tu seno tu abrigo maternal.

Abreme tu regazo, y al punto, de mis penas  
el llanto acabará.

Ángel del buen camino, que vas velando el paso  
del pobre desterrado, que invoca tu piedad,  
alúmbrame la senda de mi querida Patria,  
de mi paterno hogar.

## II

Y marcha en su busca por cerros y prados  
traspasa los campos con trémula planta,  
sedienta camina por suelos quebrados  
cual tétrica sombra que áterra y espanta.

Perdida se interna por senda fragosa  
con flébiles ojos buscando la altura  
de un monte, do pueda en queja amorosa  
contar a su Patria su honda amargura.

La noche está fría: pendiente la luna  
cual fúlgido faro del éter azul;  
y el buho siniestro, con voz importuna  
quebrando su canto del fresco abedul.

Y deja a sus ojos la luz refulgente  
las nubes abiertas en bandas undosas,  
que nacen y crecen y en giro luciente  
sus senos reflejan, ya blancas, ya umbrosas.

Y en son que favonio llevó a sus oídos,  
de aroma salubre bañando el ambiente,  
le dice en retorno de aquellos gemidos  
aquestos acentos que hieren su mente:

—¡Oh pobre desvalida! ¿por qué loca y sin tino  
los montes trepas sola con lúgubre ansiedad?  
¿Qué buscas, pobrecilla, que en lágrimas amargas  
no más haces llorar?

¿Inútilas? ¿qué mal te aqueja? por qué en la noche fría  
giras tus rotas plantas, por el fragoso erial?  
¿qué buscas? no te espantan los lobos carniceros?...  
¿por qué tan duro afán?

Escucha, triste errante; de tu querida Patria  
huyendo ¿qué pensaste en la extranjera hallar?  
¿no me respondes? dime: sí, dime, pobrecilla,  
que presto hallarás paz.

—Salí ¡ay! de mi Patria, por ver si gente extraña  
prestábame en sus tiendas mayor felicidad:  
pero ¡ah! burlas, desdenes, mirándose unos a otros,  
solo a mis llantos dan.

Quise encontrar consuelo do reina la tristeza,  
ansié ver hermosura do está la fealdad,  
busqué desorientada las sendas de la vida,  
do solo hay mortandad.

¿Do, pues, iré infelice? las sendas tan trilladas,  
que a mi solar conducen, errante perdí ya:  
los montes de mi Patria, tan caros, confundidos  
en mi memoria están.

¡Oh dulce Patria mía! llegar quiero a tus brazos,  
gozar quiero en tu seno tu abrigo maternal:  
enséñame el camino, y al punto, de mis penas  
el llanto acabará.

Torna, torna, infelice,  
torna al paterno hogar,  
que en él a Dios serviste  
de amor llena y piedad;  
y allá en extrañas tierras  
quizá te perderás.  
La Patria, que es tu madre,  
consuelo en tu pesar,  
daráte entre sus brazos  
la dicha y el solaz.  
Tuerce, tuerce tus pasos  
hacia el paterno hogar,  
que en él a Dios serviste  
de amor llena y piedad;  
y allá en extrañas tierras  
quizá te perderás.

---



## ¡MAR ADENTRO!

A mi querido hermano en Religión  
R. P. Joaquín de M., año 1906.

¿Lo ves? mira: dormido  
detrás del alto monte,  
que soberbio limita el horizonte,  
levanta al cielo atronador mugido.  
Monstruo de espumas en movable suelo  
sus espaldas rugiente balancea  
envuelto en verde y trasparente velo,  
que en anchos pliegues sin cesar flamea.  
Mira: tiende los ojos  
por esa inmensa líquida laguna:  
desde la costa, do el patrón se mece  
en su bajel, cual niño pequeñuelo  
en cándido cojín de blanda cuna,  
hasta do el mar cerúleo parece  
juntar sus ondas con el alto cielo,  
vé cien naves correr a remo y vela,  
que impulsando sus ruedas nadadoras,  
leves sulcan cual aves voladoras,  
dejando en pos hirviente, blanca estela.

Y ¿á dō enderezan sus tajantés proras,  
oh, caro Misionero?  
¿Qué espíritu las guía  
por ignorado oculto derrotero  
sobre las ondas de la mar bravía?  
¿Quién sabe ¡ay! si aquella,  
que en su presurosa huella  
surca las claras olas,  
alegre tremolando banderolas,  
aquella nave altiva,  
que a nuestra playa arriba,  
tras no lejana hora  
se mecerá aprontada,  
para lanzarte de la patria amada,  
lejos, muy lejos al rayar la aurora?

---

Si el hado oculto conocer pudiera  
de su veloz carrera,  
aunque con tino incierto,  
hoy en cantarlo audaz me complaciera.  
Mas bien me dice el alma  
que aquel distante puerto,  
que allá lejos se advierte,  
ya abre sus brazos en segura calma,  
aprestándose blando a guarecerte  
y de sus bravas ondas protegerte.  
¿No le ves ya mover hacia la arena  
su undoso pavimento,  
de sonoro murmurio acompañado,  
con majestad y raudo movimiento?

¿No ves llegar el barco que aprontado  
viene cortando el líquido elemento?  
¿Y al viento desplegada  
no ves ya la bandera,  
que saluda festiva la ribera  
de la patria con ansia suspirada?

---

¿Qué esperas, pues, oh noble Misionero?  
¿Qué esperas? ¡hurra! al céfiro ligero  
despliega pronto la voluble lona.  
¿Quién no se anima a traspasar los mares?  
¡hurra, al navío! quien virtud pregona,  
no ha de temer del ponto los azares.  
Batid los remos, ensanchad las velas;  
y al violento mugir del oceano  
bogad, bogad, alegres cantinelas  
cantando a Dios, cuya potente mano  
rige el vaivén de las bullentes olas.  
¡Sus! mar adentro! que mi lira en tanto  
hará brotar el más dulce gemido  
del postrimer arpegio de mi canto,  
que por tí, Hermano, vibraré yo a solas.  
Ciña tu rostro la serena calma  
del varón fuerte, oh caro Misionero:  
surca gozoso el largo derrotero  
del ancho mar. Los hados perenales  
cumple de Dios: su sabia providencia  
séate dulce como blando sueño.  
Los líquidos cristales  
corta del mar que gime bajo el leño

sosteniendo tu heróica existencia,  
Propicio el cielo, los alados vientos  
del velamen en torno resonando,  
acaricien el barco, que rizando  
del mar las ondas, llegue victorioso.

---

No cejes ¡hurra! al término glorioso!  
Las blancas alas del volante lienzo  
rige con suelta mano;  
hiende veloz las transparentes olas,  
aléjate del llano  
de las fértiles riberas españolas.  
Vence bríoso el líquido elemento  
por senda oculta con errante huella,  
que ni ligero viento,  
ni súbita centella  
pueda alcanzar tu vencedora ruta.  
¡Adiós!... mas ¡oye! que en copioso llanto  
anhelo ardiente el corazón me inmuta.  
¡Oh, cuánto fuera mi consuelo, cuánto,  
si hoy partiera contigo en esa nave!  
¡oh, si del aura sobre el leve manto  
volar al par pudiera como el ave!  
Entonces ¡sí! ¡oh caro Misionero!  
seguiría con ánimo esforzado  
tu largo derrotero  
sin las aguas temer del ponto airado.  
Y entonces, sí, contigo llevaría,  
la cruz alzada en la sagrada mano,  
con pecho firme y santa valentía,  
la fe de Cristo al culto americano.

---



## EL EMIGRANTE

Sentado de la playa sobre la ardiente arena  
Del extranjero suelo que incauto fué a buscar,  
Transido el triste pecho por torcedora pena,  
Pensando en los amores de su perdido hogar...

Absorto en el recuerdo de su casita blanca,  
Do abandonó a la madre sumida en aflicción:  
Recuerdo que a sus ojos mil lágrimas arranca,  
Cortadas por sollozos del más vivo dolor:

Tras la ligera bruma, que enturbia el horizonte,  
Buscando la honda estela del rápido bajel...  
El mar se absorbería por divisar el monte,  
A cuyo pie está el valle, do el sol le vió nacer.

El bello sol de antaño que alumbró el caserío,  
Do duermen los ensueños de su infantil edad,  
Entre las suaves ondas del murmurante río,  
Que aún de su adiós se mueven al plácido cantar.

Gira sus turbios ojos el mísero emigrante  
Sobre la mar rugiente que va a besar sus piés:  
Y al ver cual huyen rápidas, quisiera palpitante,  
De honda nostalgia herido, las olas detener.

Su espíritu navega con ardoroso anhelo  
Por los bullentes senos del dilatado mar.  
Alas pedir quisiera para arribar al suelo  
De su querida Patria, de su paterno hogar.

Y al contemplar las olas, que en blando balanceo  
Destrénzanse en la arena con rítmico rumor,  
Cree ¡infeliz! en alas de su febril deseo  
Oír el dulce arrullo del maternal amor.

Al ruido del murmurio su frente se ilumina,  
A dulces esperanzas se le abre el corazón...  
Ya cree que a su aldea sus pasos encamina...  
Ya vé su casa y clama con ávida emoción:

“Allá en el valle hermoso yace mi cara aldea,  
La casa de mi madre está allí en un rincón,  
Y allí al caliente abrigo de negra chimenea  
Lloras mi larga ausencia ¡madre del corazón!

Ya voy a tí”—y alzándose de la húmeda ribera  
Lánzase ansioso en busca de su perdido hogar...  
¡Cuán dulce es la esperanza, si el infeliz que espera,  
Logra mirar de lejos cumplido ya su afán!

---

## A JESUS CRUCIFICADO

Arbol, donde el amor tiene su nido,  
Norte seguro de las almas santas,  
A do en vuelo suavísimo levantas  
Las tiernas ansias del mortal herido.

Bajo la sombra celestial dormido  
Descansaré de tus sangrientas plantas:  
Que aun cuando han sido mis miserias tantas,  
Jamás temo de ti ser despedido.

¿Cómo he de serlo, si tus rotas manos  
Fijas están con amorosos lazos,  
Más duros que la muerte y el infierno?...

Tú por los pobres, míseros humanos  
Arrostraste las iras del Eterno...  
¡Démonos ya pacíficos abrazos!

---

## MARIA AL PIE DE LA CRUZ

Firme de pie junto a la Cruz sagrada  
La dulce Madre virginal María  
Del Hijo contemplando la agonía  
Sus dolores ofrece resignada.  
Abriendo entonces la Verdad increada,

Que es del Padre eternal sabiduría,  
Sus secos labios, este adiós le envía:  
“Sé del hombre ¡oh mujer! madre adorada”.

Desde ese instante al pie del Crucifijo  
Al verte siempre, oh Madre de dolores,  
Siento a la par tristeza y regocijo:

Y absorta el alma en íntimos amores,  
Cuando recuerda su deber de hijo,  
Madre te llama ¡ay! de pecadores.

---

### EN EL CEMENTERIO

Difunde en torno intenso sentimiento  
la soledad sombría, majestuosa,  
que lúgubre se eleva en fría losa,  
de cadáver cristiano monumento.

Doquier que tiendo el vago pensamiento,  
allá encuentro la muerte quejumbrosa,  
que del verde ciprés al pie reposa  
soberana en su mismo apartamiento.

Despojos mil contemplo en la llanura  
y cruz de paz cubriendo su desierto,  
fiel mensajera de inmortal ventura.

Los ojos vuelvo... y de un sepulcro abierto  
oigo una voz que con temblor murmura:  
“Rogad a Dios dé eterna luz al muerto”.



## “EL SUEÑO DEL REY FRANCO”

Es de noche. Carlomagno  
con sus brillantes mesnadas  
yace en Espiral, en vela  
inquieto esperando el alba.  
En el cielo no hay estrellas,  
la luna escondió su cara:  
al lejos brillan hogueras  
por las abruptas montañas.

Libre y orgulloso el franco  
canciones de guerra canta:  
en el soberbio Aztobiskar  
hambrientos los lobos aullan.  
Y allá en las agrias laderas,  
que coronan cumbres bravas,  
óyese rumor creciente  
cual de ejército que avanza...  
Es que afilando los vascos  
**askonas, güecias y ezpatas**  
dan temple a sus duros cortes  
de Ibañeta en las quebradas.

Carlomagno, acongojado,  
no duerme, ni encuentra calma;  
Pajecillo viejas crónicas  
léele junto a la cama.  
El fuerte Roldán, no lejos,  
limpia su famosa espada  
Durandarte... y a la Virgen  
reza el buen Turpín y... calla.  
—Paje mío ¿qué rumor,  
el gran rey de pronto exclama,  
es ese, que de la noche  
rompe la profunda calma?—  
—Señor, respóndele el paje,  
son las hojas y altas ramas  
que bosque Irati, que el viento  
con sus ímpetus desgaja.—  
—Ah, niño amado, parece  
grito de la muerte insana:  
mi corazón se amedrenta,  
hiere su murmullo a mi alma.—

El rey Carlomagno inquieto,  
dormir no puede en su estancia.  
Cielo y tierra están sin luz,  
los lobos en el monte aullan:  
y ocultos los euskaldunas  
de Ibañeta en las quebradas  
vibran entre las tinieblas,  
**azkonas, güecias y ezpatas.**  
—¡Ah! suspira Carlomagno,

no puedo, fiebre me abrasa:  
¿qué ruido es ese?—y Roldán  
dormido ya, no le habla.  
—Señor, dice el buen Turpín,  
dirigid a Dios plegarias,  
rezad conmigo, rezad:  
ese estruendo que os espanta,  
es el cántico de guerra  
de Euskeria: ¡ay! y es mañana  
el postrer de nuestra gloria,  
que caerá en estas montañas.  
La frente de Carlomagno  
ríndese al sueño agobiada;  
y el buen Turpín le contempla,  
y al fin duerme y todo calla.

Sin luna, ni luz, ni estrellas,  
la noche en su curso avanza:  
extinguense las hogueras  
de los montes: ya no cantan  
los francos, ni alzan el grito...  
Todos duermen... sólo aullan  
los lobos en Aztobiskar...  
**y azkonas, güecias y ezpatas**  
son agitadas al viento  
de Ibañeta en las quebradas

El alba nació: y de bruces  
sobre el áspera montaña,  
los valientes euskaldunas  
elevaron mil plegarias  
hasta el cielo, semejantes  
al murmullo de mar brava.  
Llegó la tarde: y del valle  
por la temida hondonada  
viéronse negros despojos  
de una sangrienta batalla.

---

### HEROES SERAFICOS

De errante nubecilla quisiera el blando vuelo,  
las vencedoras alas del águila caudal,  
y en ellas sustentado, burlando el bajo suelo,  
subir a las regiones de atmósfera inmortal.

Y allá tras los linderos, do suele blanca aurora  
su cabellera fúlgida en franjas mil dorar;  
quisiera sobre el manto del aura templadora  
las órbitas inmensas de un vuelo atravesar.

Y allí en la cumbre eterna, do el alma bienhadada  
su santo pecho inclina de Dios al dulce amor,  
de ilustres ascendientes mirar falangealzada,  
sobre gloriosos tronos de eterno resplandor.

Jardín de bienandanzas, de inmarcesibles flores,  
donde triunfante admiro Seráfico Esequadrón,  
que del Cordero en torno con nítidos fulgores  
estupefactos brillan en santa adoración.

En éxtasis eterno contemplo al gran Patriarca,  
cercado de mil hijos, que dan al mundo luz,  
que en pecho, pies y manos ostenta del Monarca,  
la enseña sacrosanta, de amor viviente Cruz.

De este segundo Cristo, de amor sol esplendente,  
en tres radiantes círculos girando en torno van  
mil astros luminosos sobre órbita fulgente,  
que surcan atraídos por misterioso imán.

Y es Quintaval y es Clara, y es Isabel de Hungría,  
y es Luis, rey de los francos, e ingente procesión  
de obreros, labradores, guerreros, clerecía,  
que en pos del Padre marchan, asidos al cordón.

¡Qué inmensas multitudes del divinal Cordero  
volar veo hacia el solio del gran Patriarca en pos!  
¡Qué de incontables héroes, que siguen el sendero  
de luz, cantando alegres himnos de amor a Dios!

De Padua el Taumaturgo, flotando en un torrente  
columbro de fulgores, que brotan a raudal,  
de su encendida lengua, nido de celo ardiente,  
de oráculos sagrados perenne manantial.

Vislumbro allí al maestro, que es vívido traslado  
del Serafín humano, de sacra ciencia honor;  
cuya dorada pluma brotó dulce tratado  
de mística subida, de ciencia del amor.

Ventura, doctor ínclito, que en alto arrobamiento  
robó el ascua sagrada del ara al Serafín:  
su amor es alta ciencia, su ciencia es ardimiento,  
que al alma fiel levanta del cielo hasta el confín.

En la gloriosa diestra de Cristo el oriflama  
izar veo al santo héroe de Sena Protector;  
de sus radiantes ondas celeste luz derrama,  
y espারে en torno suyo suavísimo fulgor.

Fulgor, cuyos reflejos, cual foco soberano,  
irradia en áureas letras de Cristo el nombre real,  
sobre estandarte bélico, que vibra Capistrano  
contra el muslime bárbaro en actitud triunfal.

Sentado en alto trono columbro a Cantalicio,  
cual sol entre los astros espléndido brillar,  
de angélicas virtudes bellísimo edificio,  
del franciscano templo magnífico sillar.

Fulgente allí aparece, en trono diamantino  
brillando en alta esfera de Brindis el Patrón,  
insigne diplomático, predicador divino,  
que a su talento eximio de lenguas unió el dón.

Osténtase Leonisa, simpática figura  
de confesor y martir, que cual segundo Juan,  
no dió al Señor su alma del fuego en la tortura,  
que, lleno de virtudes, durmió la muerte en paz.

De amores eucarísticos Pascual todo inflamado  
refleja la hermosura del inefable dón  
de Cristo, y, aunque oculto al mundo, es aclamado  
de augustas asambleas celeste almo Patrón.

Allí el gran Sigmaringa, que en la humanal carrera  
ceñió a su sien de apóstol, de mártir el laurel,  
de Propaganda Fide ganando la primera  
auréola de gloria contra el protervo infiel.

¡Cuál brilla Leonardo, celoso Misionero,  
que convirtió más almas, que arenas tiene el mar!  
y el claro hijo de Cádiz, que intrépido el sendero  
siguió del gran Apóstol, luchando sin cesar.

Con rostro esplendoroso postrado reverente  
De Urbino el noble vástago asiste ante el Señor  
cual girasol esbelto, que inclina suavemente  
la frente y tallo fértil al fébeo fulgor.

Cual gárrulo arroyuelo deslízase armonioso  
por el celeste prado radiante fray Crispín,  
como sonrís del alba, cual bálsamo oloroso,  
que exhala grato aroma del lecho de un jardín.

Oculto y amoroso, cual tórtola en su nido,  
descuellan mil Beatos con plácida bondad;  
de sus rosados labios y aspectos florecidos  
sonrisa dulce asoman de gracia y de beldad.

¡Magnífica falange de Santos confesores  
y mártires ceñidos de aurífero collar,  
brindando a Cristo palmas de mágieos verdores,  
que en sacrificios cruentos supieron alcanzar!

Al trémulo concento de célicas tonadas  
el Escuadrón Seráfico camina en dulce unión,  
del divinal Cordero siguiendo las pisadas,  
que en movimiento ponen las arpas de Sión.

¡Oh, Religión Seráfica! poética corona  
brindarte soñé acaso de tu virtud en loor,  
cuando mi pobre lira los hechos hoy pregona  
de tus ilustres hijos con fervoroso amor.

Quiero cantar tus glorias. Huyendo de este ambiente  
vivir quiero en la altura, mansión del santo amor;  
sortear quiero contigo del mundo el mar hirviente,  
y del sayal seráfico ceñido pobremente  
volar al cielo ansío con aire triunfador.

Que se abran ya los pórticos de la ciudad viviente;  
y unidos a los santos con lazo fraternal,  
serenos coronados de luz indeficiente,  
y del Varón Seráfico al són dulce y ferviente  
entonaremos juntos el himno perenal.

---

### **PASCUAS FLORIDAS**

Tres soles van que de dolor transida  
Universal natura  
Con faz de luto y flébil amargura  
La muerte llora de la Eterna Vida.  
Tres soles van... Mas de repente el cielo  
De la noche rasgando el negro velo,  
En los brazos de aurora se abrillanta,  
Y Febo en pos, sonriendo al frío suelo,  
En majestuosa marcha se levanta.  
Alegre primavera  
Vístese ya de nítidos colores,

Y derrama feraz por la pradera  
Balsámicos olores;  
Del hijo de los montes  
En la undosa ribera  
Los cristales murmuran bullidores:  
La tierra, remozada,  
Brotan mil flores del fecundo seno:  
A cuyo aspecto de hermosura lleno,  
Desde el árbol do yace cobijada  
Parleruela avecilla  
La tierna lengua vibra a maravilla.  
Cual de profundo sueño  
El mundo despertado,  
Depone de su faz el duro ceño,  
Y eleva, entusiasmado,  
Con torrentes de luz y de armonía,  
Mil cantares de amor y de alegría.

---

La Esposa de Dios vivo,  
De luto y llanto en su viudez ceñida,  
Suspende al par el salmo funerario,  
Con júbilo expresivo  
La frente alzando de esplendor henchida.  
El místico incensario,  
Que en el altar gimiendo centellea,  
Cual de holocausto hostia sacrosanta,  
En los aires meciéndose flamea;  
Y entre cantares de alborozo inmenso  
Y gallardía santa,  
Al alto cielo en espiral levanta  
Nubes ligeras de oloroso incienso.  
Los cantos y aleluyas triunfadoras

Que resuenan del alma en el oído,  
En cambiantes sonoras,  
Del cristiano que vive en el olvido  
Llegan a herir el corazón dormido.  
¡Oh dulces cantos que el amor inspira!  
A sus sagrados ecos  
El escuadrón angélico triunfante  
Las cuerdas mueve de su dulce lira,  
Y bravo y resonante,  
De amor ardiendo en la celeste pira,  
Desborda por las fúlgidas mansiones  
Grata explosión de voces y canciones.  
Al gran compás del himno cadencioso  
Da saltos de contento  
La Hija de Sión alborozada,  
Al ver del monumento  
La grave losa helada  
Vacía ya, y en alto levantada.

---

Salud y triunfo, vítores, trofeos,  
Al Capitán que despojó a la muerte,  
Y fiel a sus deseos  
Tomando el cuerpo inerte,  
Del sepulcro lo alzó glorioso y fuerte!  
¡Día de bendición y de esperanza!  
¡Cristo reina! Venció Cristo la muerte!  
Ante cuyo destello en lontananza  
Presintió ya mi postrimera suerte.  
El corazón al término no alcanza  
De la dicha sin fin que allí le espera:  
Mas clavados los ojos de su anhelo  
En el sereno cielo,

Con fé viva y sincera  
Del mundo aguarda la aflicción postrera.  
De Cristo entonces a la voz potente,  
Que al siglo impío aterra,  
Suscitará de tierra  
La redimida gente,  
Y en espantado vuelo  
Al punto acudirán sin resistencia,  
Del más lejano y escondido suelo,  
A su divina, fúlgida presencia,  
El pueblo fiel que su promesa adora  
Y el que sin fé le ignora.  
Con triunfante hidalguía  
Se asentará sobre su trono luego,  
Y con clamor e intimación de fuego  
Apartará de sí la turba impía,  
Que, impelida del brazo justiciero,  
Dará un bramido con despecho fiero...  
¡Y brillará en el mundo eterno día!

---

## CANTO DE LOS CORDIGEROS

Del seráfico emblema ceñidos  
en compacto aguerrido escuadrón,  
de Francisco por Dios y su Iglesia  
tremolemos el santo cordón.  
El cordón, que en el mundo cristiano  
más imperios a Cristo ganó,  
que ambicioso guerrero naciones

con acero cruel subyugó.

El monarca en su trono de gloria  
lo ostentó cual brillante florón;  
y fué al sabio, al guerrero y al noble  
de sus armas preclaro blasón.

---

## EPILOGO

### ECOS DE MI LIRA

Ciega y esclava mi inexperta lira  
suena divino Amor, en fé se inflama,  
y en cantares perennes se derrama  
al influjo del estro que le inspira.

Del sacro altar sobre la dulce pira,  
do consúmese toda, en pura llama  
arde gozosa, y en su ardor solo ama  
la Bondad eternal, por quien suspira.

Suspira, sí; que la plegaria mueve  
también mi lira, aunque con tosca mano  
no logre dar color a la belleza.

Yo la he sentido: mas al Soberano  
Padre no plugo que mi canto lleve  
del arte creador forma y grandeza.



## INDICE

	Págs.
A mi distinguido amigo, Sr. J. Emilio Madrid O. . . . .	3
Dedicatoria a la Santísima Virgen María. . . . .	5
Soneto. . . . .	7
A buen músico mejor poeta. . . . .	8
Amor eucarístico. . . . .	18
A la Asunción de la Virgen. . . . .	26
A Dios en la tempestad. . . . .	30
¡Aspiración! . . . . .	34
Navidad. . . . .	39
Música del Bosque. . . . .	40
Caridad y Gratitude. . . . .	42
¡Aurora Pascual! . . . . .	48
Perspectivas. . . . .	50
Soliloquio. . . . .	52
El vergel de la vida. . . . .	66
La voz del Buen Pastor. . . . .	69
Florechillas de San Francisco. . . . .	78
"El Misionero" . . . . .	89
Mi ideal. . . . .	98
Romance. . . . .	107
Los Beatos Agatangelo y Casiano. . . . .	111
¡Carnavales! . . . . .	115
Hijo de rebelión. . . . .	119
Himno en honor de Santa Juana de Arco. . . . .	126
A la Flor del cielo. . . . .	130
A vuela pluma. . . . .	132
Lejos de su Patria. . . . .	136
¡Mar adentro! . . . . .	141
El Emigrante. . . . .	145
A Jesús Crucificado. . . . .	147
María al pie de la Cruz. . . . .	147
En el Cementerio. . . . .	148
"El sueño del Rey Franco". . . . .	149
Héroes Seráficos. . . . .	152
Pascuas Floridas. . . . .	156
Canto de los Cordigeros. . . . .	159
Epilogo.—Ecos de mi lira. . . . .	160





